

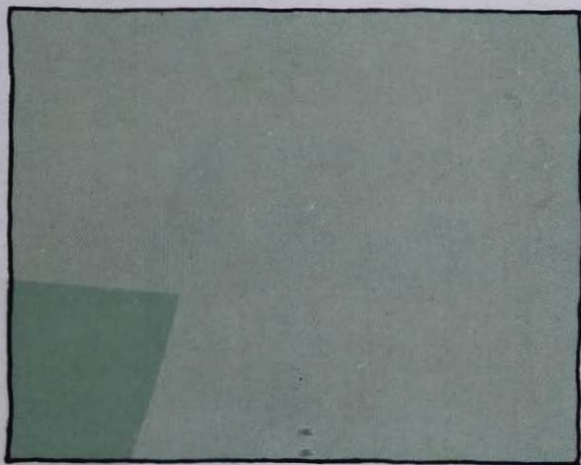
235

31

BEGOÑA ARTETA



FRAY SERVANDO TERESA DE MIER
UNA VIDA DE NOVELA



AM
1232
4.2
7.5



UNIVERSIDAD AUTONOMA METROPOLITANA
UNIDAD AZCAPOTZALCO

151



AZCAPOTZALCO
BIBLIOTECA

FRAY SERVANDO TERESA DE MIER

Una vida de novela

217614
C.B. 2893295

FRAY SERVANDO

TERESA

DE MIER

Una vida de novela



AZCAPOTZALCO
BIBLIOTECA

Begoña Arteta

2893295



UNIVERSIDAD AUTONOMA METROPOLITANA
UNIDAD AZCAPOTZALCO

69937

UNIVERSIDAD AUTONOMA METROPOLITANA

Rector General

Dr. Gustavo A. Chapela Castañares

Secretario General

Dr. Enrique Fernández Fassnacht

UNIDAD AZCAPOTZALCO

Rectora

Dra. Sylvia Ortega Salazar

Secretario

Ing. Enrique A. Tenorio Guillén

Asesor de la Rectora

M.D.I. José Manuel López López

Coordinadora de Extensión Universitaria

Antrop. Irma Juárez González

Jefa de la Sección Editorial

Mtra. Silvia Pappe

UAM
F1232
M4.2
A7.5

Primera edición 1991

ISBN: 968-840-886-7

© Universidad Autónoma Metropolitana
Av. San Pablo No. 180
Azcapotzalco
México, 02200, D.F.
Impreso en México
Printed in Mexico

PROLOGO

En la historia de la literatura algunas vidas han apasionado quizás más que la propia obra. Lord Byron y Shelley completaron, con su historia personal, dos de los aspectos más atractivos del romanticismo. Si por un lado Byron concreta sus sueños de libertad al irse a combatir por la de Grecia, las aventuras amorosas del apuesto Shelley hicieron comprensible que el amor era algo más que ensoñaciones inaprehensibles. Y con ellos no comienza ni termina esa trasgresión de límites entre la vida y la literatura. Antes y después las vidas de novela han despertado admiraciones y deseos; pero ellos dan sentido legendario a una parte central de la historia humana.

En México no son extraños casos semejantes. Desde la circunstancia histórica que obligó a los jesuitas a continuar sus estudios en el barco del destierro y a soportar el estigma de proscritos hasta la necesidad de los románticos del siglo XIX de compaginar vida y literatura –Juan Valle, Díaz Covarrubias, Altamirano...–, bien se puede seguir la novela de aventuras que muchos de estos hombres podían haber escrito. Como sí la escribió Fray Servando Teresa de Mier.

Fray Servando, original orador sagrado, amante insobornable de la libertad del hombre, escribió con su vida una de las novelas de aventuras más apasionantes. Y en un desmesurado acto de amor –como todo acto de amor–, Begoña Arteta cede la palabra al propio Fray Servando y le permite que reconstruya

su vida y los pormenores de sus fugas. Pero no únicamente. También le permite que se apasione con sus alegatos en favor de los derechos de los hombres y exponga sus ideas sobre el gobierno y los gobernantes y la posibilidad de que los pueblos tengan el régimen que deseen. Y ése es uno de los mayores méritos del libro de Begoña Arteta. En un alarde de modestia, desaparece la investigadora para que el personaje investigado se cuente a sí mismo.

Atenta lectora del acervo del padre Mier, Begoña Arteta construye un relato que no le hubiera disgustado al propio Fray Servando. La autora utiliza su capacidad de imaginar y construye escenarios –entresacados también de las Memorias– por donde el elocuente orador y el amante de la independencia transita a sus anchas. Los paisajes que contempla y el clima histórico, revuelto y convulsionado, son meticulosamente documentados en un despliegue de paciencia para que el lector no olvide que el problema mayor de nuestro tiempo es la falta de memoria histórica. Porque personajes como Fray Servando Teresa de Mier son mucho más que letras en alguna calle de la ciudad o nombres en los libros de historia o literatura.

De la vida y obra de Fray Servando, parece decirnos la autora en su relato novelesco, puede desprenderse una lección –aunque choque la palabra por su matiz didáctico– de hombría y firmeza de convicciones. En estos tiempos en que el discurso gubernamental se endurece y parece hacer recaer todas las culpas en el ciudadano común, las acciones y las palabras de Fray Servando adquieren una actualidad insospechada. De algún modo prefiguran las palabras de otro héroe –tristemente manipulado por la gusanera de Miami–, José Martí, quien decía que el que soporta a un gobierno injusto sin siquiera decirlo no es un hombre honrado.

Bien valdría la pena leer este relato novelado sobre la vida de quien hizo de la independencia de pensamiento una forma de vida. Si su lectura no consigue avergonzarnos un poco por nuestra pasividad, seguramente sí conseguirá entretenernos con la fuerza de las buenas novelas de aventuras.

*José Francisco Conde Ortega
Ciudad Nezahualcóyotl, Primavera de 1991*

I

En la cubierta del barco la luz de la luna iluminaba la figura de un hombre, delgado, de facciones afiladas y pelo cano; aunque era un hombre fuerte, lleno de energía, nervioso y decidido, lo envejecían las arrugas que señalaban su cara, como si fueran estrías que labraran en su rostro la lucha por sobrevivir, y reivindicarse. Este empuje y fuerza interior lo mantenían joven, vigoroso y entusiasta, ya que nadie se hace viejo mientras tiene una meta que alcanzar.

Sin embargo, en ese momento, la melancolía no le permitía conciliar el sueño y, cansado de pasear por la cubierta del barco, se detuvo a contemplar ese mar infinito, con su estela de luz que se reflejaba como un sendero que lo acercaba a su patria. Regresaba a su país después de veintiún años de ausencia, de no haber tenido otro pensamiento durante días y noches, semanas, meses, años. ¡Al fin! Había embarcado en Inglaterra rumbo a Norteamérica y los recuerdos de su infancia, de su juventud, de su destierro lo golpeaban como esas piedras que empiezan a caer en un despeñadero, arrastrándose unas a otras, cada vez con más fuerza, cada vez más incontrolables, por la velocidad que toman al chocar con las de más abajo, hasta que parece han caído todas y vuelve otra vez la calma y el silencio. Lo único que se oía era el murmullo repetido y monótono del golpeteo de la nave abriéndose camino, suavemente conducida por el viento hacia su destino al otro lado del océano.

Contagiado de aquella naturaleza armónica, recuperó su tranquilidad y empezó por recordar su nombre: Servando Teresa de Mier y Guerra, su ciudad natal, Monterrey, capital de Nuevo León, y su fecha de nacimiento el 18 de octubre de 1765. ¡Qué lejano parecía todo aquello! ¡Qué difícil poder reconstruir los rostros de sus padres y hermanos, su casa, el jardín y las calles! Habían pasado muchos años desde que, terminados sus primeros estudios, saliera de Monterrey para dirigirse a la capital de la Nueva España, en donde recibió el hábito de Santo Domingo a los diecisiete años. Y ya en el convento, sus estudios en el colegio Portacoeli, las órdenes menores de subdiácono y diácono, su nombramiento, primero como regente o maestro de estudios y, una vez profesado el sacerdocio, el de lector de filosofía del convento de Santo Domingo y doctor en teología; todo esto a los veintisiete años, con fama, además, de gran predicador.

Hasta ahí, sus recuerdos eran los de una vida más o menos tranquila, sin algo que pudiera indicar en aquel entonces el giro que ésta daría y menos las penalidades que habría de sufrir: viajes que nunca soñó, persecuciones y cárceles, kilómetros de caminos recorridos en Europa en busca de su reivindicación. Nunca sabe el ser humano en qué momento una decisión –ese sí o no– que se responde verbal o mentalmente, puede marcar un cambio definitivo en la vida y los planes futuros. Por haber pronunciado un sermón, volvía fray Servando a su país después de veintiún años de grandes avatares y penalidades.

El Ayuntamiento de México celebraba con gran solemnidad honras fúnebres por Hernán Cortes, el 5 de noviembre de cada año. En 1794, fray Servando fue comisionado para predicar el sermón conmemorativo, y obtuvo tanto éxito que

se le encargó el que se acostumbraba decir el 12 de diciembre en honor de la Virgen de Guadalupe. Con este sermón empezaron sus infortunios y acabó la vida tranquila, en la que, quizá, llegó a imaginarse rodeado de honores como gran predicador y reconocido por su talento, ya que siempre fue vanidoso, aunque lo negara en toda ocasión haciendo hincapié, por el contrario, en su gran sencillez. Lo cierto es que le halagaba se reconocieran sus méritos, y fue tal vez esa ansia de diferenciarse de los demás lo que llevó al encargado oficialmente por el regidor Rodríguez de predicar el sermón aquel 12 de diciembre, a preparar éste con una idea nueva y nunca antes expuesta até un grupo numeroso.

Un conocido suyo, el licenciado Borunda, sostenía que la Virgen de Guadalupe no se había aparecido a Juan Diego en época del arzobispo Zúmarra, en 1531, sino a Santo Tomás, quien era el mismo Quetzalcóatl, así es que éste era el que había predicado la religión en estas tierras desde los primeros años del cristianismo, siglos antes de la llegada de los españoles y aseguraba que la imagen guadalupana estaba estampada en la capa de Santo Tomás y no en el ayate de Juan Diego.

Con base en esta idea bastante descabellada, de los estudios de Borunda, preparó su sermón, mismo que pronunció ante una gran concurrencia en la fecha señalada. Aunque estuvo pendiente del efecto que pudo haber producido lo dicho por él en el santuario –recordaba fray Servando, mirando el horizonte clarear–, nada le indicó el escándalo que se produciría dos días después, cuando el arzobispo de México, don Alonso Núñez de Haro, que estuvo presente durante el sermón, envió orden a todas las iglesias de que se predicara contra él. Fue tal el efecto que causó en el pueblo, pensaba fray Servando, que “si no perecí víctima

de la indignación popular, quizá lo debí a la prudencia de mantenerme recluso en mi convento”. El mismo provincial, temeroso de las consecuencias, recomendó a la comunidad prudencia y recogimiento durante la procesión de la imagen de los Remedios, para evitar los insultos del populacho.

Como primera medida, se le comunicó en su celda y se prohibió a los demás religiosos que le hablaran. Con este primer encierro, la vida de fray Servando tomó un cauce diferente, de ahí en adelante difícilmente pudo predecir lo que sucedería al día siguiente. A pesar de los años transcurridos, todavía le obsesionaba la idea del sermón, y decía: “no negué en él la tradición de Guadalupe, ni me había pasado por la imaginación... todo se debió al odio notorio del arzobispo contra todo americano especialmente sobresaliente”.

Una vez comunicado en su celda, le quitaron sus libros, papel y tintero y así permaneció esperando la audiencia, en la que se aclararía lo sucedido al poder defenderse personalmente de los cargos que se le imputaban. En una ocasión el provincial lo mandó llamar para decirle que con un escrito de sumisión se podría acabar el asunto, prometiéndole, además, toda la influencia y protección de la Orden.

Recordaba haber escrito dos sumisiones que no fueron aceptadas por el provincial, hasta que en la tercera reconoció haberse equivocado y pidió humildemente perdón. Pero aún ahora, al pensar en ello sonreía, porque bien cierto era lo que no se cansaba de repetir: “Obedecí, pero tuve la advertencia de poner que lo hacía por no poder sufrir más la prisión, que era ya de veinte días, sin contar quince días de mi antecedente reclusión voluntaria. Esta adición anu-

laba la retractación; pero no se buscaba más que un pretexto para eludirme la audiencia...”.

Pasaron tres meses sin saber exactamente en qué iba a terminar el proceso hasta que, por fin, en 1795, el Viernes de Dolores, se le condenó a diez años de destierro en la Península, donde quedaría recluso en el Convento de Las Caldas, cerca de Santander, a perpetua inhabilidad para toda enseñanza pública en cátedra, púlpito y confesionario, suprimiéndole el título de doctor.

En ese momento, al volver a revivir esos instantes, sintió un agudo dolor en el pecho, ya que seguía sin entender “cómo un hombre de honor y de nacimiento, había podido recibir con el edicto el puñal de muerte”.

Era dolor, rabia, impotencia; todo estuvo bien calculado para que no pudiera apelar la sentencia, ya que la Real Audiencia entraba en vacaciones de Semana Santa. ¡Aunque era igual! Nadie le hubiera ayudado. El virrey Branciforte, el arzobispo, la Real Audiencia, todos se hubieran coludido en su contra; ellos representaban y tenían toda la autoridad y nadie se atrevería a oponerse a su mandato.

El Domingo de Ramos, a las tres de la mañana, entre sombras y custodiado por la tropa como un ladrón, para que no hablara con nadie, partió de la ciudad de México rumbo a Veracruz. Eran tan rigurosas las órdenes que llevaban que, a pesar del fuerte norte que hacía difícil la comunicación del puerto con el castillo de San Juan de Ulúa, a media legua dentro del mar, se le embarcó hacia allá inmediatamente. Ahí se le preparó un calabozo, siguiendo en todo las órdenes mandadas al encargado de que no se le diera papel ni lápiz y que se le tratara con escasez.

Dos meses estuvo en el calabozo de San Juan de Ulúa,

alejado de todo, oyendo solamente el rumor del mar. Confiaba, con gran ingenuidad, en que al llegar a España podría personalmente reclamar –al rey justicia y hacer retirar al arzobispo de Haro– el edicto que había publicado en su contra.

¡Qué sabía en aquel entonces de los trámites, trampas, líos y pillerías de la burocracia de la corona! En esos meses guardaba la esperanza de que las cosas se arreglarían en cuanto él pudiera exponer su causa, personalmente, sin imaginar siquiera que, mientras él se encontraba recluido en un calabozo–, el Arzobispo instruía a tres poderosos agentes en Madrid y armaba la maroma en los canales por donde fray Servando podía solicitar justicia, para que continuase la misma iniquidad y tropelía en su contra.

Y así en la infraoctava de Corpus del año de 1795, se le embarcó, convaleciente de fiebre, y bajo partida de registro, en la fragata mercante la *Nueva Empresa*. Es curioso –se decía fray Servando moviendo la cabeza–, no pudo haber estado mejor escogido... ¡si yo hubiera sabido en esos momentos la nueva y tortuosa empresa que me esperaba al llegar a Europa!"

II

El mar se teñía de coloraciones rojizas y el sol apareció en el horizonte. Fray Servando se distrajo de sus pensamientos, al escuchar y observar a los marineros que cambiaban el rumbo de las velas. Respiró muy hondo y caminó un poco sobre la cubierta para entrar en calor, hacía frío al amanecer. Pero al mirar de nuevo al mar, volvió el recuerdo de los cincuenta días de travesía hasta Cádiz, donde desembarcó y se presentó al prior de Santo Domingo

quien, al no haber recibido aún orden de ponerlo preso, le dio una celda para que se hospedara. Durante un mes pudo libremente pasear por el puerto y la ciudad de Cádiz, pero una vez llegada dicha orden, se le recluyó no precisamente en una cárcel, pero sí bajo una incomodísima situación de preso, misma que guardó hasta fines de noviembre de 1795, fecha en que partió rumbo a Santander.

Fray Servando se encontraba distraído, mirando sin ver el horizonte, sumido en sus recuerdos, cuando se le acercó un joven de unos veintisiete años, guapo y agradable, cuya formalidad contrastaba a veces con el sentido de humor con el que se expresaba el fraile.

—¡Buen día! ¿Qué lo tiene tan distraído?

—Las ratas, mi querido amigo, las ratas.

—¿Cuáles, las del barco? —le preguntó el joven sorprendido.

—No. Usted y yo, joven Mina, nos hemos unido para emprender este viaje juntos, pero poco sabemos uno del otro.

Francisco Javier Mina pensó que aquello era verdad, eran otros los temas sobre los que habían conversado hasta entonces, preocupados ambos por restituir la Constitución de Cádiz, independizar la Nueva España y conseguir los fondos necesarios para poderse embarcar.

—Es verdad —contestó Mina— sé que ha pasado por muchas fatigas y que ha recorrido Europa en busca de justicia para poder volver a su queridísima Nueva España, pero hay otras muchas cosas que ignoro, ¿de qué ratas se acordaba?

—De las del convento de las Caldas, en Santander

—contestó vivaz fray Servando— adonde se me envió a cumplir una condena de diez años de destierro por el sermón que pronuncie el día de la Virgen de Guadalupe en 1794. Llegué a las Caldas en Nochebuena, escoltado desde Cádiz en una calesa y durante tres días me trataron bien en el convento por ser pascua de Navidad. Pero al cabo de éstos me pusieron preso en una celda, de donde me sacaban para coro y refectorio y me podían haber sacado en procesión las ratas. Eran tantas y tan grandes, que me acabaron el sombrero y tenía yo que dormir armado de un palo para que no me comiesen a mí. En medio de todo esto, enviaba constantemente cartas a Madrid que yo, con gran ingenuidad, pensaba ayudarían a mi liberación, hasta que me di cuenta que las abrían todas.

“Supe entonces que no había otro remedio contra mi persecución, que lo que Jesucristo aconsejó a sus discípulos: *cum persecuti fuerint vos inhac civitae, fugite in aliam*.¹ Las rejas de mi ventana eran de plomo y yo tenía martillo y escoplo. Corté el plomo, quité una reja, y salí a la madrugada cargado con mi ropa, no sin antes haber dejado una carta escrita en verso y rotulada *ad trates in eremo*² en la que daba razones justificadas para mi fuga”.

“Como no conocía camino alguno y no tenía más viático que dos duros, me estuve todo el día por entre los matorrales de aquel monte, mientras un lego común, a caballo, me buscaba por el camino de Madrid. Por la tarde bajé a una casa al pie del monte y, por los dos duros, un mozo me condujo a Haro de Carriedo, buscaba yo la casa de un indiano que había embarcado conmigo. Pero el mozo, asombrado

¹ Cuando os persiguieran en una ciudad, huid a otra.

² En este contexto entiéndase: predicar en el desierto.

por haberle dicho yo que estaba en las Caldas por orden del rey, avisó de mi derrotero; y como llevaba el hábito patente, luego se me halló. Se presentó la orden real al alcalde mayor del Valle de Carriedo, y tuve que volver a ser archivado en las Caldas, como un código extraviado.”

“Mientras tanto en Madrid –prosiguió fray Servando– el covachuelo Francisco Antonio León, un oficial del gobierno comisionado por el arzobispo de México para que se encargara de mi persona y me viera refundido en prisión, seguía mis pasos, interceptaba mis cartas y aprovechaba todo lo que se dijese de mí, para usarlo oportunamente en mi contra”.

–Y, ¿cuánto tiempo estuvo en las Caldas?– le preguntó el joven, ansioso por saber que había ocurrido después.

–Aproximadamente tres meses. El provincial propuso que se me trasladara al Convento de San Pablo de Burgos, pensando que ahí estaría más seguro; y caminé a mi nuevo destino con un lego, adonde llegué la semana antes de Domingo de Ramos de 1796, al año puntualmente de haber salido de México.

“Se me recibió en una prisión. El prior estaba enfermo, pero cuando mejoró y vio los papeles que le mandaron de las Caldas, opinó que eran ésos unos bárbaros, y que yo había tenido razón al querer escapar de una prisión injusta. Me dejó, pues, libre en el convento, que yo quedaba cuidando cuando la comunidad salía a recreaciones”.

“Fue en el único convento en el que se me trató con decencia, –siguió recordando fray Servando, dejándose llevar cada vez más por su natural elocuencia y modo de expresión–, la nobleza de Burgos me visitó, los eclesiásticos franceses emigrados, de que estaba llena la ciudad, me dieron mucho crédito de literatura; y como yo por divertirme

diese lecciones de elocuencia a los jóvenes que venían de las Universidades de vacaciones, adquirí tanta fama, que se me consultaba en todo asunto literario.

—Entonces, ¿ahí estuvo usted bien? — lo interrumpió el joven Mina. —Sí, pero el rigor del invierno, que es cruel y largo en Burgos, afectó mi salud, que era poca; el prior compadecido encargó a una dama que iba a la corte que le pidiera al ministro Llaguno que me mandase a un clima mas benévolo. Yo envié también un memorial, con la vehemencia natural de mi estilo, lo que es de suponer debía ser mayor en mi triste situación.

“El ministro mandó dar cuenta al oficial León, no daba yo un paso, sin que éste se enterara de todo, y todo se archivó. Fue necesario aguardar a que se cumplieran los años de la Real orden enviada a Cadiz, que yo contaba desde el 12 de diciembre de 1794, en que había predicado y comenzó mi persecución. León pidió informes sobre mi comportamiento y el prior envió uno muy bueno, con gran sorpresa del primero. Yo no caía en el gato que aquí había encerrado, porque no sabía yo que los verdaderos reyes de España son los covachuelos, y los ministros nada saben de lo que ellos le dicen y quieren que sepan. Aguardé ocho meses, ya que León como siempre no hizo nada que pudiera favorecerme”.

“Cuando nombraron el célebre Jovellanos ministro, me recomendó a él un amigo mío de Burgos, sin decirle que era dominico ya que esta orden en España ha abandonado absolutamente el estudio de las humanidades, que son el fundamento de escribir bien”.

“A la recomendación que hizo de mí, le añadí un sueño poético, que era en el que veía a Jovellanos como el hombre adecuado para hacerme justicia. Y éste con ánimo de

realizar mi sueño, demandó a León que diera cuenta, pero éste, desatendiéndose de mi última instancia en la que pedía se me dejara ir a que se me oyera ante el Consejo de Indias, informó, ahora que ya estaba yo bien aclimatado en Burgos; que lo que yo pedía era mudar de clima, petición hecha un año antes”.

Mina escuchaba con atención el relato del fraile. Se habían sentado en cubierta, la calma del mar y la facilidad con que parecía deslizarse el barco, guiado por la brisa suave y constante que los conducía hacia un nuevo destino, contrastaba con la vida azarosa que habían llevado ambos.

Francisco Javier Mina también recordaba su encierro durante cuatro años en la celda en Francia, la que, a diferencia del fraile mexicano, fuera su única prisión hasta obtener la libertad. Pero su curiosidad crecía por saber lo que había sucedido a su actual compañero después de enviadas las cartas. Y así volvió a preguntar, seguro de que fray Servando continuaría el relato de sus andanzas con un cierto gusto de escucharse a sí mismo, que iba bien con ese orgullo y vanidad que lo caracterizaban.

—Entonces, ¿no sirvieron las recomendaciones que le enviaron a Jovellanos? —inquirió Mina.

—En algo —respondió el fraile—. El ministro mandó que eligiera yo un convento en cualquier parte de España, pero el maldito León redactó la orden y añadió de su propio caletre que no se me permitiera salir solo y que cada seis meses se diese informe reservado de mi conducta. Yo elegí, como era natural, un convento en Madrid para favorecer el ser oído, pero el provincial de Castilla me dio a entender que no me quería en su territorio y elegí el convento de Cádiz, con ánimo de pasar por Madrid, de maniobrar y componer las cosas.

“Me despedí del convento de Burgos y me fui a la posada pública, lugar donde aguardaba el coche que me llevaría; la sola idea de estar fuera del convento era un consuelo, después de casi tres años de prisión; pero el provincial mandó a buscarme y regresé al convento y a la celda hasta el día siguiente en que salí de aquel para buscar las cosas que había dejado en la posada y desde ahí inicié el camino; ya era de noche cuando me alcanzó el coche que me llevó a Madrid”.

“Al llegar a Madrid me fui al conventillo de la Pasión, donde se hospeda a los dominicos forasteros, y se les da cara y malditamente de comer por su dinero, es una zahurda. A mí me dieron un celdilla donde me abrasaba de calor, me comían las chinches, no me dejaban estudiar las gallinas y no podía trabajar en reposo para mi defensa; tenía, además, que decir misa de once y media en San Isidro el Real, para ayudar a mis gastos”.

–Pero, supongo que todo esto sería mejor que estar en las Caldas o incluso en Burgos. Tendría usted la esperanza de que se le hiciera justicia, – lo interrumpió Mina.

–Fue ahí donde me di cuenta que el rey no es como se piensa en el nuevo mundo. Todo estaba manejado por las secretarías o ministerios correspondientes, compuestos de varios oficiales de diferentes categorías, a los que se les llama covachuelos porque las secretarías donde asisten están en los bajos o covachas de Palacio”.

“Bueno, –interpeló fray Servando a Mina–, usted conoce tan bien como yo toda la corrupción que priva en la corte. Había de todo, buenos y malos, pero en general, son viciosos, corrompidos llenos de concubinas y deudas, porque los sueldos son muy cortos. Así, es notoria su venalidad”.

—Naturalmente, que sé de todo eso —interrumpió Mina. Solamente por medio de favores se movían los asuntos de estado y el rey, Carlos IV, estaba siempre en los sitios reales de Aranjuez, el Escorial o la Granja; pasaba dos temporadas cortas en Madrid, donde nada se despachaba.

—Ni en Madrid ni en los sitios reales.— respondió Fray Servando—, los covachuelos le llevaban los papeles en un saco, leían los informes al rey, éste se cansaba a los cinco minutos, decía “basta” y con esta palabra quedaba despachado cuanto iba en la bolsa.

—Todo eso va a cambiar, ya lo verá usted, por algo estoy comprometido en esta lucha y daré mi vida con gusto por lograrlo —dijo con entusiasmo el joven.

—Algo se remediará, pero los reyes, como decía Gangone-
li de los Papas, nunca oyen la verdad, sino cuando se canta el Evangelio. Mientras no se organice de otra manera el Gobierno, la injusticia prevalecerá, porque un hombre solo no puede hacer justicia a millones de hombres. Y la corte siempre es y será el foco de las pasiones, el teatro de las intrigas y la reunión de los malévolos, —añadió el fraile.

—Pero, el gobierno de Carlos IV, lo sabemos todos, no estaba ni siquiera en sus manos, su primer ministro Manuel Godoy era el que se encargaba de todos los asuntos importantes, además de ser el favorito de la reina.

—Imagínese, esto que era algo tan sabido, está entre las muchas acusaciones que se fueron acumulando en mi contra, se dijo que yo hablaba mal de persona de alto carácter, — agregó fray Servando, recobrando el tono vivo que había perdido al tratar sobre la injusticia y su difícil remedio.

—¿Y no lo hizo? — preguntó Mina, sonriendo.

—Yo solamente escribí a un amigo, diciendo que en la

travesía que me llevó a España, había oído hablar muy mal de Godoy y su querida,— respondió guiñando un ojo. Además —afirmó— es una indignidad valerse de una carta privada y cerrada, que abrieron, para ponerme mal con el gobierno; aunque sinceramente creo que en tiempo de Godoy, los sitios y la corte eran un lupanar.

Así continuaron hablando los dos hombres acerca del reinado de Carlos IV. No era la primera vez ni la última; los muchos ratos de convivencia que les deparaba la larga travesía hacia las costas de Norteamérica, los llenaban con pláticas de este estilo, seguros de su mutuo entendimiento, nacido del deseo compartido de un cambio que acabara con la situación imperante. Muchas horas dedicaron al tema de la injusticia, del papeleo burocrático y de la corrupción que agotaba la paciencia y los recursos que eran pocos; en general de los individuos que buscaban justicia. Fray Servando volvía una y otra vez al ejemplo del Consejo de Indias, lamentando que una institución creada en 1524 para ocuparse de los asuntos americanos, no se viera libre de todos esos males.

Fray Servando sabía mucho del Consejo de Indias. Conoció la humillación de las largas antesalas para conseguir la ayuda de quien tenía alguna influencia y podría mostrarse comprensivo; supo de la venalidad de los empleados, del extravío de papeles y vio con desesperación cómo el Consejo lograba detener su asunto otro año más. De nada le valieron sus muchas diligencias y el haber movilizad o a todos sus contactos, estaba en manos de Francisco Antonio León, el oficial comisionado por el arzobispo de la Nueva España para que vigilara los pasos del fraile y el cumplimiento del edicto de destierro.

Durante su estancia en Madrid, no podía fr ay Servando

haber dejado de visitar una cárcel, aunque fuera por pocos días. La mujer de un agente, don Saturnino de la Fuente, envió un anónimo a Branciforte, virrey de la Nueva España, en el que le avisaba de lo mal que hablaban los americanos de él, y denunciaba a don Juan Corvide y a Fray Servando como cabecillas de las docenas de americanos residentes en Madrid, que iban a matar al rey en medio de sus guardias y levantarse en armas.

–Hay que aprehenderlos inmediatamente –ordenó al alcalde. Ese mismo día cogieron a Corvide y al siguiente a fray Servando, en su cuarto de Indias de San Francisco.

–Avisaré de este atropello al comisario general, yo estoy aquí por el Consejo de Indias – les dijo fray Servando a los que iban a prenderle.

–¿Podría faltar dos días sin que se le eche de menos? – preguntó el alcalde.

–Sí– respondió el fraile. Y ante esta respuesta lo llevaron preso a la cárcel de la corona.

El alcalde de la corte era un hombre de bien, y al darse cuenta de que todo provenía de un anónimo enviado por la esposa del agente, puso en libertad a Corvide y fray Servando después de siete días de prisión, pero el comisario de San Francisco de Indias ya había dado parte de la desaparición y fue necesario que fray Servando diese larga y cumplida cuenta de lo ocurrido.

Después de casi tres años en Madrid, fracasados sus intentos de que se le hiciera justicia, y ante la orden de partir para Salamanca decidió escapar. Hizo creer a los de San Francisco que acataba la orden y con la complicidad del calesero logró escabullirse, no sin que dicho calesero, descubierto el alojamiento del fraile, obligara a éste a darle

todo el dinero que llevaba encima. Los del Consejo de Indias, desesperados al darse cuenta de su desaparición, buscaron consejo en León:

–Ese fray Servando me quiere matar –fue el comentario del oficial.

Ante el revuelo que se había armado y para salvar su vida, fray Servando decidió partir a Burgos, donde contaba con amigos y esperaba conseguir algún dinero con el cual pasar a Francia y llegar hasta Roma para obtener su secularización.

–Mientras tenga el hábito –se decía–, no me cabe duda que estarán jugando a la pelota conmigo.

Como en Burgos pudo conseguir solamente una onza de oro, decidió marchar a Agreda, donde se encontraba un clérigo francés contrabandista, amigo suyo, que le ayudaría con el dinero que necesitaba para cumplir sus deseos de salir de España. Tenía todo preparado para dejar Burgos, cuando el mesonero, que venía sospechando del fraile, al verlo salir únicamente en las noches, lo denunció al alcalde mayor de esa ciudad. Esta denuncia no dejaba de tener su lado cómico; se debió a que en esa época había peste en Andalucía, y la actitud de un huésped que no se dejaba ver durante el día, dio lugar a que el dueño del mesón imaginara que se trataba de un hombre que padecía esa enfermedad.

Fray Servando estaba tan nervioso cuando lo vinieron a buscar, y sus respuestas fueron tan incoherentes, que el juez sospechó de él y buscó con más ahínco entre los papeles del fraile hasta encontrar la orden del Consejo por la que tenía que ir a Salamanca. Mientras se daba parte a la Corte de lo sucedido, se envió a fray Servando al convento de San Francisco, en la misma ciudad de Burgos. Camino de éste, el fraile dijo al mozo que lo llevaba:

—Oye, espérame esta noche en la puerta de San Francisco, porque hoy mismo voy a salir de ese lugar— y le dio la onza de oro que tenía.

Tan pronto lo dejó instalado en el convento, el mozo fue con el alcalde a contarle lo sucedido, y éste inmediatamente dio órdenes para que se le recluyera en una celda, impidiendo así cualquier intento de fuga. Pasado algún tiempo, un comerciante de Burgos, que logró burlar al guardián del convento, ya que los frailes interceptaban la correspondencia, llevó a fray Servando una carta de su amigo Juan Corvide, que textualmente decía:

“Muy estimado fray Servando Teresa de Mier: quiero comunicarle por la presente que, por medio del covachuelo de mesa del fiero León, me he enterado, que éste usará como pretexto el haberlo encontrado en Burgos para hacerle cumplir la sentencia del Arzobispo y para esto mandó poner orden de llevarlo a las Caldas y sepultarlo ahí en un calabozo durante los años que faltan para cumplir aquella”.

Al terminar de leer la carta, fray Servando sintió que un rayo paralizaba sus sentidos.

—Pues si vamos a perderlo todo, es necesario aventurarlo todo —se dijo—, y comenzó a planear su fuga.

Llegó a pensar que podría echarse a volar con el paraguas, pero a pesar de su desesperación le pareció que era aventurarse demasiado, ya que por la altura de la celda, los resultados podrían ser funestos. En estos pensamientos andaba, cuando se le acercó un fraile que siempre lo había tratado con deferencia y que, inclusive, le había ofrecido hacía tiempo su ayuda para escapar. Al hablarle de ello, el fraile le contestó:

—Lo guardan a usted con mucha diligencia y los hermanos

se suceden para hacer centinela día y noche, por lo tanto ya no puedo hacer nada por ayudarle.

Fray Servando sintió un vacío enorme, el fraile dio unos pasos y, como si lo hubiera pensado mejor, se volvió para decirle:

—¿Por qué no se descuelga con el cordel que forma el catre de su cama? —y se retiró inmediatamente.

No lo pensó mucho, era tal el horror que le producía a fray Servando verse otra vez encerrado en las Caldas, que a media noche comenzó a descolgarse.

—Todo iba muy bien mientras hubo ventanas en donde estribar —contaba años mas tarde— pero después, con el peso del cuerpo las manos se me rajaron, y sin saber de mí bajé más aprisa de lo que hubiera querido. Cuando por lo mismo pensé hallarme hecho tortilla en el suelo, me hallé a horcajadas en la extremidad del cordel, que estaba doblado. Acabé mi volatería todo averiado, y me entré por una puerta que daba a un corral, cerrada, pero con una rajadura por la cual me colé con trabajo.

Una vez en el corral escaló un muro y, a pesar de lo maltrecho que lo había dejado la caída, corrió para alejarse de Burgos. Llegó en esta carrera al hospital de los comendadores del rey en donde se ocultó durante todo aquel día. Esperó a que anocheciera, y a las ocho, salió de ahí sin hábitos, no por gusto, sino por necesidad. Caminaba de noche y descansaba de día. Al oír algún ruido se escondía inmediatamente ante la duda de si eran ladrones o si andaban en su busca; caminaba y descansaba, así, con una zozobra constante. Los pies y las piernas se le hincharon, le dolían, su andar se hacía lento, se sentía solo, asustado, cansado físicamente y muy desmoralizado. Se sentó y lloró. Sí, se puso a llorar; él que había pasado

por prisiones, hambres, persecuciones, no pudo más y dejó que sus lágrimas corrieran para poder calmar su dolor y tranquilizar su ánimo, no tenía fuerzas para continuar y llegar a Torquemada, la siguiente población.

Pasaba por ahí un arriero que al verlo tan desvalido se le acercó y le ofreció ayuda; lo sostuvo mientras montaba en un borrico y lo llevó a su destino próximo, Torquemada, en donde lo alojó en la casa de un buen hombre. Recuperadas la fuerzas, fray Servando dio dinero para que le alquilaran una mula y consiguieran un muchacho que lo condujese hasta Valladolid. Iban ya en camino cuando, al cruzarse con unos viajeros alcanzó a escuchar que éstos comentaban:

—Ese es el padre que estaba en San Francisco.

Otra vez el miedo se apoderó de él, podrían saber por ellos hacia donde se dirigía y sabía que inmediatamente se presentaría una requisitoria. Con este temor llegó a Valladolid, en donde se hospedó con dos estudiantes que había conocido en Burgos. Los días en que venía el correo a la ciudad por si acaso traía noticias sobre él, salía fray Servando desde temprano al campo, hasta que lo iban a buscar sus amigos, seguros de que no corría ningún peligro. Estando en Valladolid, supo que León había mandado pedir todos los papeles que lo identificaban y que el alcalde le había incautado cuando lo prendió en el mesón y lo envió al convento.

Después de pasar diez días en Valladolid, continuó su viaje a Madrid, en calidad de clérigo francés emigrado; no era difícil encontrarlos en aquella época por los caminos de España: la revolución y sobre todo el Directorio y el Terror, habían obligado a muchos religiosos a emigrar, sabiendo que sus vidas estaban amenazadas, y a fray Servando le fue sencillo pasar por uno más de ellos.

Una vez en Madrid se dirigió inmediatamente a casa de su amigo Juan Corvide, quien lo puso enseguida al tanto de los últimos sucesos.

—Imagínese usted lo que ha hecho León al saber que escapó usted del convento de San Francisco de Burgos —le contaba don Juan a fray Servando, mientras le servía un poco más del guiso que ambos comían—, mandó arrestar a todos los del convento y así seguiría si no interviene el alcalde mayor, cuando los frailes le mostraron las manos de usted estampadas con sangre en la pared, lo que probaba que su fuga había sido sin su cooperación, además ha mandado poner requisitorias contra usted por toda España.

—¿Se creerían atentados semejantes? —respondió fray Servando— ¿No se juzgará, a vista de estos escándalos, que yo soy algún asesino, salteador de caminos o reo de lesa majestad?

Corvide hizo todos los arreglos para que saliera fray Servando de Madrid y pudiera llegar hasta Agreda con el clérigo francés que lo ayudaría. Por la noche cruzaron las puertas de la ciudad, fray Servando escondido en el coche, y Corvide y Filomeno, otro amigo, haciendo mucho ruido al pasar por ellas, para que los guardias no sospecharan.

Después lo entregaron a los arrieros, con quienes se habían puesto de antemano de acuerdo, y que llevaban ya su baúl y los papeles necesarios para que pudiera seguir adelante en calidad de clérigo francés emigrado; sería el doctor Maniau. Esa noche descansaron en un mesón, y al día siguiente, cuando estaban listos para partir, vieron llegar a los dos amigos, Corvide y Filomeno, que habían conseguido unas copias de la requisitoria y creyeron conveniente transformar a fray Servando.

—Le tenemos que cambiar la cara —decía Corvide.

–Le pondremos un lunar sobre la nariz y otro sobre el labio superior –decidió Filomeno, quien empezó enseguida a aplicar afeites sobre el rostro del fraile.

–No me reconocería ni la madre que me parió –exclamó fray Servando al verse con una nueva fisonomía.

–Tiene que cambiar también de actitud –le respondió Corvide– debe ponerse taciturno, triste y feo.

–Eso es importante –replicó Filomeno –en la requisitoria del agente León, se le describe como un hombre bien parecido, risueño y afable.

Así realizó el viaje hasta Agreda. Cada vez que veía guardias, torcía la boca y fruncía el entrecejo hasta parecer bizco. Al acercarse a esta población, los arrieros no se atrevieron a entrar por la puerta de la ciudad, sino por un portillo que uno de ellos conocía, hecho lo cual, se dirigieron a la casa del que le daría alojamiento. En ese lugar se puso en contacto con fray Servando uno de los confidentes del clérigo francés, mismo que se encargó de todos los preparativos para que fuera llevado a Pamplona. Estando en esta ciudad tuvo noticia que habían aprehendido a otra persona, pensando que se trataba de él, lo que vino a apresurar los planes y decidió su inmediato viaje para cruzar los Pirineos.

De nuevo quedó a cargo de él un arriero, con mucha experiencia en estos viajes furtivos. Ese día se internaron todo lo posible en los Pirineos y caminaron hasta las dos de la mañana, hora en que helados de frío, llegaron a Hostiz. Les llevó dos días más de viaje arribar a una población desde la que se veía ya Bayona y en la que decidieron quedarse y descansar esa noche. Estaban en la posada, cuando se presentaron unos guardias que llevaban, entre otros papeles, la requisitoria de fray Servando.

—¿A quién pasas? —preguntó al arriero uno de los guardias, mientras su compañero extendía sobre una mesa los documentos que llevaba en la cartera.

—A un doctor francés —contestó el arriero, sin perder su aplomo, acostumbrado como estaba a esta clase de aventuras.

Su nueva fisonomía, el acento mexicano que le ayudaba a parecer extranjero, la tranquilidad del arriero, así como la no excesiva curiosidad de los guardias, salvaron, en esta ocasión, a fray Servando. Al día siguiente, al pasar por el último lugar de España, el fraile preguntó:

—¿Dónde está la raya que divide España de Francia?

—Esta es— dijo el arriero—, señalando un arroyito pequeño.

Para sorpresa del conductor, fray Servando cruzó el arroyo, bajó de la mula y se tendió boca abajo en el suelo cuan largo era.

—¿Qué hace usted?— preguntó el guía, que no salía de su asombro.

—He pasado el Rubicón; ya no soy emigrado, sino mexicano— le contestó con júbilo fray Servando.

III

¡Al fin en Francia!

Esa noche durmieron en Añoa, primer pueblo vasco francés que encontraron en el camino a Bayona. Al llegar a esta ciudad, en aquel entonces amurallada, el arriero dijo a fray Servando:

—Será mejor que se apee de la mula y se confunda con la gente del paseo público.

Así lo hizo, pero un guardia, extrañado de su indumentaria, las botas y el polvo que lo cubría, condujo a fray

Servando a la municipalidad, donde presentó su pasaporte mexicano. Poco entendieron las autoridades de ese papel, lo que no fue obstáculo para que le proporcionaran una carta de identidad, documento necesario para evitarse problemas en Francia, donde todavía se registraba alguna turbulencia a causa de los cambios políticos ocasionados por la caída de la República.

Aquel día era Viernes de Dolores del año de 1801. Francia estaba gobernada por cónsules, de los cuales era el primero Napoleón Bonaparte.

Ya estaba en Francia, habían pasado siete años desde aquel inolvidable 12 de diciembre ¡Francia!, pero ahora ¿de qué viviría? No traía fray Servando ni una onza de oro consigo. Una vez más se demostró que, cuando la necesidad es mucha, siempre hay una forma de salir adelante de acuerdo con los conocimientos y habilidades del individuo en aprietos y, así por casualidad o con ayuda de la providencia, al día siguiente de su llegada entró fray Servando en una sinagoga del barrio de Santi-Spiritus, en la que se celebraba la Pascua de los ázimos y el cordero.

Todos los judíos de esa parte de Francia eran de origen español y conservaban el castellano como su idioma, cantaban los salmos y predicaban en esta lengua.

El fraile mexicano entró en la sinagoga y se descubrió la cabeza, al contrario de lo que hacen los judíos que se la cubren en señal de respeto, y como además llevaba el cuello eclesiástico, llamó la atención de todos los asistentes a la ceremonia. El rabino predicaba sobre el Mesías y explicaba que éste no había llegado todavía porque lo detenían los pecados de Israel.

Al salir de la sinagoga, los asistentes rodearon a fray Servando, preguntándole si le había gustado el sermón; ni

qué decir que con sus conocimientos teológicos refutó los argumentos del predicador, lo que sirvió para que le desafiaran a una disputa pública. Fray Servando comentaba después:

—Me lucí tanto en la disputa, que me ofrecieron en matrimonio a una jovencita bella y rica llamada Raquel, me costeaban el viaje a Holanda si prefería casarme allí en lugar de Francia.

Aunque por su calidad de sacerdote fray Servando rehusó este amable y grato ofrecimiento, su prestigio como teólogo no desmereció, asistía con frecuencia a la sinagoga y visitaba y comentaba con el rabino los sermones que éste iba a pronunciar.

En éstos y otros menesteres pasaba los días hasta que unos sacerdotes, a quienes había ayudado en una colecta popular, le enviaron cuarenta francos para que saliera de Francia. Con este dinero decidió internarse en el país, y despidiéndose de sus amigos judíos, inició el viaje hacia Burdeos.

Se embarcó en el río hasta Dax y para ahorrar algún dinero continuó a pie, pero el camino era malo y se le inflamaron tanto las piernas, que tuvo que volver a embarcarse en otro río. Al ver a sus compañeros de viaje, unos soldados desertores de España, zapateros de oficio, que trabajando en esto ganaban dinero, pensaba:

—Y yo, lleno de Teología, muero de hambre y envidia. Cuán bien harían los padres en dar a sus hijos, aunque fuesen nobilísimos, algún oficio en su niñez, especialmente uno tan fácil y tan necesario en todo el mundo. Esto sería proveerlos de pan en todos los accidentes de la vida.

En Burdeos conoció a don José Sarea, conde de Gijón, natural de Quito, con quien se fue a París en calidad de

intérprete. Don José había invertido toda su fortuna en la compra de azúcar, que pensaba vender en esta ciudad. Ya en el trayecto empezaron las dificultades, pues fray Servando reconvenía al conde por las altas sumas de dinero que gastaba, lo que dio lugar a que disgustado éste con el fraile, lo abandonara nada mas llegar a París. Tiempo después volvieron a ser buenos amigos ya que, efectivamente, el americano perdió su dinero por confiar en un comerciante francés.

Instalado ya en París, fue a visitarlo Simón Rodríguez, un amigo que acababa de llegar de Bayona, en donde enseñaba inglés, francés y español y que había cambiado su nombre por el de Samuel Robinson. Se quedó éste a vivir con fray Servando y fue quien lo convenció para que pusieran una escuela de lengua española. Como el fraile tenía que atender su parroquia daba clases solamente en la noche utilizando como libro de texto *Atala*, de Chateaubriand.

Fray Servando era un hombre creyente, aunque estaba en contra de las instituciones religiosas y de la manera en que era practicada por muchos la religión; su fe no decaía; con su acostumbrada vehemencia defendió la existencia de Jesucristo en una disertación en contra de las ideas de Volney, lo que le mereció que el gran vicario de París lo encargara de la parroquia de Santo Tomás.

Para fray Servando, la Iglesia de Francia había logrado conservar mejor los ritos de la Iglesia primitiva, y resistir a la innovaciones impuestas por Roma. Durante su estancia en París, se restituyó el culto católico, que había sido suprimido durante el periodo de gobierno de la República proclamada en 1792. Este gobierno había emitido una ley, según la cual el matrimonio se consideraba como un contrato civil que debía efectuarse ante la municipalidad.

El culto se restituyó durante el gobierno del Consulado, a la cabeza del cual estaba Napoleón Bonaparte, que quiso de esta forma ganarse al pueblo para llegar a obtener el consulado vitalicio. Algunos sacerdotes, por considerarla improcedente, se negaban a pedir a los contrayentes el acta civil, sin embargo, a Fray Servando siempre le pareció una ley justa la dictada durante la República y el matrimonio nulo si ésta no lo avalaba. Ya que en Francia, al existir el precedente de la nulidad si no había el consentimiento de la familia, era relativamente fácil deshacer el matrimonio religioso.

—Hablando con propiedad, el matrimonio no es sacramento —decía— es un contrato, aunque es cierto que hay un sacramento para bendecirlo y santificarlo.

Así, entre sus deberes religiosos como párroco de Santo Tomás, sus clases de español, el escribir e intercambiar opiniones con personas de prestigio, transcurrieron los días en París, sin que olvidara el motivo que lo había llevado hasta la capital de Francia y menos el deseo de volver a su patria.

Después de vivir casi un año en esta ciudad decidió marchar a Roma para obtener su secularización, y emprendió de nuevo el camino. Salió de París con poco dinero, pero su agradable personalidad y su calidad de extranjero, le granjeaban simpatías y no faltaba alguna familia francesa que lo invitara a comer, lo que le ayudaba tanto como las misas que decía y que le permitían ganarse algún dinero. Estas situaciones se repitieron en diferentes poblaciones hasta que llegó a Marsella en donde se embarcó hacia Civitavecchia, un puerto del Estado Pontificio.

Una vez en Roma pasó hambres terribles, pues carecía de dinero y la idea de llegar a un convento le horrorizaba

de tal manera por lo mucho que había sufrido en ellos, que prefería pasar hambre y necesidades. Fueron tantos los días en los que no probó bocado que, en un ocasión, atacado por la fiebre y con un terrible dolor de cabeza lo llevaron al hospital de españoles en Roma, en donde uno de los encargados le quería dar un vomitorio, a lo que fray Servando se opuso, diciendo:

–Déme primero *papa*, para tener algo que echar.

Su fortaleza le ayudó a recuperarse con bastante rapidez y a los pocos días de este accidente, obtuvo su Breve de secularización, documento que probaba que se había iniciado el trámite de la misma.

Después de esto, se embarcó para Nápoles con intención de volver a España en la comitiva de la infanta que iba a casarse con Fernando, príncipe de Asturias, conocido después como Fernando VII, pero debido al mal tiempo, no alcanzó a la comitiva. Durante tres meses se hospedó en el convento del Rosario, en Nápoles; su estancia en este lugar fue muy agradable pues llevaba a los novicios de paseo por lugares escogidos y siempre interesantes.

Sin embargo, frustrado su intento de embarcarse para España, y a pesar del buen trato que recibió en Nápoles, decidió volver a Roma para activar los trámites de su secularización.

Ya en esta ciudad se dedicó a realizar las gestiones necesarias para la secularización, directamente con el Papa y obtuvo ésta el 6 de julio de 1803, además de algunas dispensas y favores como el de una licencia para leer sin excepción los libros prohibidos por la iglesia.

Una vez logrado el objetivo de su estancia en Roma, dejó la ciudad con ayuda del dinero que le había enviado

su hermano Froilán desde México; dinero del que no le quedó mucho para el viaje, ya que el casero italiano con quien se había alojado, se cobró bien el hospedaje.

En su recorrido para volver a España pasó por Sena, Florencia y en Leona embarcó con rumbo a Génova y de ahí a Barcelona.

—Héme aquí otra vez en el país del despotismo —se decía a sí mismo al llegar a Barcelona— a meterme yo mismo entre las garras del león, para que devore a su presa, pero no hay otro remedio para procurar mi regreso a la patria.

En la ciudad condal estuvo sólo unos días y continuó enseguida su viaje a Madrid, en donde consiguió alojamiento y se dedicó a visitar a sus amigos y conocidos.

Pero sus perseguidores no lo olvidaron. Había escapado de España dos años antes y tal vez no recordaba que cuando salió había órdenes en todas las provincias para que se le apresara o quizá abrigaba la esperanza de que, muerto el arzobispo de la Nueva España, don Alonso Núñez de Haro, a quien debía el estar expatriado, ya no se le buscaría más, pero qué lejos estaba de la verdad.

Un día, mientras charlaba con un amigo suyo, en casa de éste, acertó a pasar por ahí uno de los antiguos agentes del arzobispo Núñez de Haro, Jacinto Sánchez Tirado, que al reconocer su voz entró con cualquier pretexto para comprobar si se trataba efectivamente de fray Servando y, si era el caso, llevar la noticia a su perseguidor implacable, don Francisco Antonio León.

Una vez que León supo que fray Servando residía en Madrid, mandó una orden real, en la que se decía que —Servando de Mier debía ser apresado, inmediatamente, ya que así interesaba a la vida y tranquilidad de sus majestades. Esta orden y el cuidado que puso León para hacerla efectiva

movilizó a un gran número de alguaciles que apostados en la calle a la que había ido fray Servando a visitar a su amigo, esperaron la salida de éstos para echarles el alto. Eran tantos los guardianes del orden público que, en un principio, los amigos creyeron que buscaban a algún bandolero, pero enseguida los desengañaron, ya que nada más al salir de la casa, los conminó uno de ellos:

–De parte del señor Marquina, vengan ustedes conmigo.

Al oír este nombre, su compañero escapó corriendo, pero fray Servando tenía tras él a toda la compañía. Lo capturaron y llevaron a casa del corregidor de Madrid.

–¿Quién es usted? –preguntó Marquina, el corregidor, a un fray Servando que sentía se le venía encima un mundo que creía ya haber dejado muy lejos.

–Servando de Mier –respondió, sin anteponer el fray, de acuerdo con lo consignado en el acta de secularización que poseía.

–A usted busco – fueron en ese momento todas las palabras de Marquina.

De inmediato lo aprendieron y ataron y, como si fuera el peor de los asesinos, se ordenó que no lo dejaran hablar con nadie, en lo que se hacían los preparativos para conducirlo a la cárcel pública, donde lo llevaron a las pocas horas, rodeado de una multitud. El alcaide de la misma le tomó declaración en el calabozo.

–¿Edad? –le preguntó con tono cortante el alcaide.

–Cuarenta años –contestó– sin reponerse aún de la humillación que le causó el trato recibido y temiendo lo peor ante la dureza y malos modos con que era interrogado.

–Muy bien cuidado ha estado –replicó el alcaide–, ahora, preste declaración.

–No tengo nada que declarar –respondió el interrogado, y tenía razón, nadie le había dado a conocer el contenido de la real orden y no sabía cuáles eran los cargos en su contra.

Ante esta respuesta que el alcaide consideró insolente, mandó cambiaran al preso a un calabozo inmundó, tan estrecho que tocaba las paredes con ambas manos. Sin poder acomodarse y menos dormir, se comunicó por una rejilla con sus vecinos de celda, que resultaron ser unos gitanos.

–¿Saben por qué me han traído aquí? –les preguntó fray Servando, que al punto se dio cuenta que más que una respuesta, que no le podían dar, no había hecho sino repetir en voz alta la pregunta que a sí mismo se hacía desde que lo detuvieron.

–¿Aguardiente? –inquirieron los gitanos.

Les dijo fray Servando que no era ese el caso, y por no explicar su vida ni recordar su infortunio, les preguntó si el cuarto al que daban esas celdas era el de los tormentos, a lo que contestaron varios afirmativamente.

–¿Es usted noble? –le preguntaron a su vez los gitanos– mire no se confíe, que caídos aquí, esas cosas poco importan y también se han escuchado los gritos de muchos nobles.

–No, soy sacerdote.

Al día siguiente, sin ninguna explicación lo sacaron de ese calabozo para encerrarlo en la peor de las mazmorras, no sólo de esa cárcel sino de las que hubiera conocido él en su vida. El horror que le causó entrar en ella no puede describirse. Las paredes estaban tapizadas de chinches, a las que pudo contener y apartar mientras hubo luz, pero que se ensañaron con él al anochecer; eran tantas que al desplazarse por el estrecho cuarto y tropezar con alguna

pared, las reventaba con la mano. No pudo resistir este tomento y gritó al guardia que confesaría.

—Con tal de salir de esta celda —comentaba fray Servando al vigilante nocturno, que compadecido del preso le daba cada noche un rato de conversación a través de la rejilla—, hubiera sido capaz de reconocerme culpable de la más vil fechoría. Pero ya lo ves, de poco me valió que me condujeran ante el alcaide de la prisión, el vicario de Madrid y un escribano. Les relaté mi vida sin que ninguno me creyera por lo escasamente que concordaba con lo escrito en la orden real.

—No desespere, señor, pronto se le escuchará y saldrá de aquí —dijo el guardia por animarlo.

—¿Pronto dices?, cuando llevo ya más de un mes en este tormento —le contestó exaltado fray Servando—. No tengo un pedazo de piel sin la señal de estas chinchas, que no me dejan ni de día ni de noche. Ahora mismo, con sólo cambiar de sitio los pies, oigo las que aplasto.

—Señor —quiso interrumpirlo el guardia.

—Ya verás el señor que queda de mí —repuso fray Servando— las chinchas me comen y desde que estoy aquí no pruebo más que un pedazo de vaca y pan negro una vez al día.

Cuarenta días estuvo en este calabozo. Cuando lo llevaron a audiencia para que se defendiera de los cargos que León le imputaba, era difícil reconocerle, flaco, macilento, la barba crecida y tan débil que se desmayó nada más entrar en la sala; animado con bizcochos y vino, pudo refutar los cargos que se le hacían.

El del sermón de Guadalupe se destacaba en el acta. Fue un proceso llevado a cabo por dos virreyes, Revillagigedo y Branciforte y al que el covachuelo León había añadido, entre otros varios argumentos de escaso peso, el hablar mal

de personas de tan alto carácter como Godoy y la reina y el no tener espíritu religioso. Leídos todos los cargos y habiendo escuchado a fray Servando, el juez dijo al vicario:

—Los cargos no son más que una colección de pasajes trastornados. Está visto que esto no es otra cosa que una persecución del covachuelo. Y le daré a usted un consejo —dijo el juez volviéndose hacia fray Servando— diga usted que tiene una cosa gravísima que revelar al ministro en persona; irá usted allá y podrá contarle de la maldad del covachuelo.

—Es inútil o sería peor, porque León es su oráculo —repuso fray Servando.

—Pues si usted sabe eso, no hay más que prestar paciencia.

—Señor, si al menos se me permitiera permanecer en la enfermería —se atrevió a solicitar el acusado.

—No es posible —respondió a esto el alcaide—, con motivo de la asociación de caridad que se estableció hace poco, vienen a la enfermería hasta grandes de España para cumplir con el precepto de visitar a los enfermos y presos. León no permitiría su presencia ahí.

—Arriba se le curará a usted —dijo el juez— se le pondrá en la mejor pieza y el señor vicario le socorrerá.

Bien se arrepintió fray Servando de no haber aceptado el consejo del juez. Aunque mejoró de condiciones, le pesaba su negativa de entrevistarse con el ministro. Su actual calabozo tenía luz natural, pero no la suficiente para leer, además, por su orientación y el aire que se colaba por la ventana, resultaba una nevera, especialmente en los meses de invierno; llegó a ser tanto el frío que se le reventó el oído izquierdo, provocándole terribles dolores, a los que se unía el de verse comido por los piojos, que se reproducían con enorme rapidez y le tenían invadido cabeza, cuello y pecho.

A fines de enero de 1804, León consiguió que se le trasladara a la casa de los Toribios de Sevilla, famosa por la crueldad de sus procedimientos para reformar a los criminales. Unos días antes de su partida lo bajaron a escondidas a la enfermería, le dieron ahí los breves de Roma, le afeitaron y vistieron con la ropa que le había regalado el vicario. No obstante estar muy enfermo, con fuertes dolores de estómago y oído, lo obligaron a montar en un calesín muy de madrugada, que se puso en marcha escoltado por un alguacil y tres soldados.

En la noche era tanto el dolor, que pensó se moría y pidió un confesor y un médico. El alguacil al verlo tan mal le dijo que no podía hacer nada, ya que se encontraban todavía muy cerca de Madrid y el oficial León se podría enterar, pero que si lograba sobrevivir el tiempo suficiente para alejarse un par de leguas, se detendrían hasta que se curara. Promesa que cumplió el alguacil y que permitió a fray Servando llegar a su nuevo destino bastante restablecido.

El personal del convento de los Toribios en Sevilla estaba acostumbrado a tratar criminales de todo jaez, pero lejos de Madrid y en vista de la poca monta de los cargos que pesaban contra fray Servando, si se comparaban con los de otros internos, no se atrevieron a ponerle grilletes ni encerrarlo. Como compañero de cuarto le tocó un fraile jerónimo, gordo e intrigante, que para obtener algún beneficio personal, acusó a fray Servando de haber descrito a los Toribios en unos versos. Se trataba de treinta y seis décimas, que este último había compuesto para matar el aburrimiento. El mayordomo del convento lo mandó llamar y lo increpó en su lengua andaluza.

-Zeñó en todo ze mete uzted hasta con la virgen santízi-ma: zi eztá parado o zentada; estará como se le antoje, digo

yo ¿y por qué ze mete uzted que con ezte colpachón tuviese una cabeza de malinillo?¹ –y leyó en voz alta las décimas que lo describían.

Todo esto y todos están
A órdenes de un mayordomo.
Alcaldes mayor de plomo
y comitre de Teluan.

La folices los que han
al dómine por cabeza:
Es un Catón, y en certeza
Es riguroso unisión²
Con lo grueso del plumón
lo gordo de la cabeza.

–Señor, todo está remediado con sólo mudar los últimos cuatro pies de la décima. ¿De dónde es usted? –le preguntó fray Servando con broma.

–De Alpechín, y fui monaguillo aquí en ezta parroquia de Zanta María, donde soy ahora cantor, respondió el mayor.

–Pues ya está todo compuesto –se entusiasmó fray Servando– oiga usted.

De Alpechín es esta pieza
Monago de profesión,
Sólo hombre, según Platón
Dos pies y alta cabeza.

¹ malinillo, pajarillo u lo que sea...

² pinson...

-Con que antez quería uzted que tuviese cabeza de malinillo y ahora dize uzted que la tengo de Platón. La tendré como Dios me la dio, vaya que le pongan grillos.

Por este motivo baladí pusieron a fray Servando por primera vez un par de grilletos y lo trasladaron a una torre de dos altos. Una vez ahí le añadieron un grillete más, sujeto éste a una barra de hierro; pero, como se le hinchaba mucho una pierna, se los quitaron todos a los pocos días. Se puede decir que ganó con el cambio, ya que el cuerpo de la torre tenía cuatro balcones con vista a las huertas inmediatas, pero ante la sospecha de que intentara escapar por ellos, unos carpinteros se encargaron de clavetearlos para que no se pudiera abrir.

Tuvo constantes dificultades con el fraile jerónimo, quien parecía empeñado en que lo castigaran. No sabía fray Servando de dónde nacía la aversión que le profesaba, pero lo cierto es que pasaba de un castigo a otro debido a las mentiras e intrigas de este fraile.

Ese año, en Sevilla, el verano fue especialmente caluroso e insoportable, con un aire pesado apenas si se podía respirar y obligaba a fray Servando, que se abrasaba y ardía, a derramar agua sobre los ladrillos y tenderse sobre ellos desnudo, para poder descansar un poco. Este infierno lo decidió a escaparse del lugar.

Una noche de junio, ablandando con agua la pared, comenzó a desmoronarla alrededor de la ventanilla con un clavo hasta lograr arrancar ésta; pero se topó con otra gran ventana de hierro; echó sus cosas por ella y trató de descolgarse, pero su cuerpo no cabía entre las rejas. Fue tal el miedo que le entró al pensar lo que podría sucederle por la mañana cuando se vieran los estragos que había causado, que esforzó su cuerpo a caber por la estrecha hendidura, con

un dolor tan terrible que le hizo gritar involuntariamente; pero nadie lo escuchó y con la ayuda de un hortelano se deslizó por la pared y salió del lugar. Corrió todo lo que pudo aprovechando la oscuridad y al anochecer de ese mismo día se embarcó rumbo a Cádiz; la ropa de cama, que había tenido buen cuidado de sacar de los Toribios, la vendió en los pasajeros y se hizo así de algún dinero.

Ya en Cádiz, paseaba por la alameda sin saber todavía qué podría hacer dada su situación, cuando se acercó a un dominico que se encontraba sentado solo, pudiendo más su ánimo conversador, que la prudencia. La plática fue larga y recayó sobre asuntos internos de la orden, tema en el que fray Servando mostró un conocimiento que excedía al de cualquier seglar y como además, sin darse cuenta contó también que era mexicano y acababa de llegar de Sevilla, su interlocutor sospechó de quién se trataba, pues no era otro que el procurador de los dominicos en México.

Invitó a comer a fray Servando para el día siguiente y le pidió su dirección con el pretexto de pasar a recogerlo al otro día. Se despidieron amigablemente y el dominico, que sabía dónde se encontraba hospedado, se fue de inmediato a casa del gobernador a pedir su prisión.

Lo arrestaron a media noche y enseguida se le remitió a la cárcel pública. El mismo dominico se encargó de informar a los Toribios la aprehensión de fray Servando. Embarcado de regreso a Sevilla, se hizo amigo de los soldados que lo escoltaban, lo que solía ocurrirle con frecuencia, y éstos lo proveyeron con una lima que cosieron en la espalda de su chaleco; llevaba también ocultas una navaja y unas tijeras, el resto de su equipaje lo componía un poco de ropa y dieciséis duros.

Dos meses después de su escapatoria se encontraba

de vuelta en los Toribios. Se le encerró, se le pusieron grillos y el grillete de barra de hierro, mismos que le quitaron a los cuatro días de haber llegado; situación que aprovechó para levantar un ladrillo y esconder sus pertenencias, a excepción de la lima que le encontraron en la primera revisión.

Fray Servando entabló buena amistad con uno de los nuevos huéspedes de los Toribios, llegado durante su ausencia. Una tarde se presentó éste en su cuarto e interrumpió a fray Servando que estaba escribiendo, para decirle en tono confidencial:

—Mire usted de darme su navaja y otros bienes, que está anunciada una revisión a fondo de este calabozo. Yo se las tendré a buen recaudo mientras pasa el peligro.

Fray Servando, a quien la interrupción había sobresaltado, no se puso a pensar que era difícil descubrieran su escondrijo, y confiando en el amigo le entregó todas sus pertenencias, que sirvieron para que él y otros compinches, entre los que estaba el jerónimo, celebraran con un buen almuerzo y muchas risas, el engaño de que había sido objeto el mexicano.

—Malnacidos, la horca merecen por bribones —se quejaba fray Servando, sin poder contener su rabia al llegarle en sordina el jaleo de la francachela organizada a su costa.

Los trece meses que permaneció fray Servando en Sevilla con los Toribios constituyeron una de las etapas de mayor desaliento y pesadumbre en su azarosa vida. La falta de libertad y el calabozo eran pesado yugo para un hombre tan inquieto, pero su desánimo se debía principalmente al ambiente y espíritu mezquino de quienes lo rodeaban. Se le encerraba y ponían cadenas, sin que supiera la mayoría de las veces la causa de la condena, que lo mismo podía ser

resultado de una grave transgresión, como producto de las intrigas y maledicencia de los reos, a los que daban oídos y pábulo los celadores y encargados de la casa.

Durante algún tiempo estuvo castigado a dormir todas las noches en un calabozo de dos pasos de ancho; y sin ninguna ventilación, por haber expresado que la concepción en gracia de la Virgen María era una simple opinión; comentario que le valió, además, una acusación de hereje y enemigo de la virgen, que pasó a engrosar su ya abultado expediente.

Sin embargo, los momentos peores los debió al fraile jerónimo, declarado enemigo suyo. Este fue quien planeó la artimaña del falso amigo para despojarlo de sus haberes, amigo que huyó del convento con ayuda del dinero birlado a fray Servando, y fue también el jerónimo el que le causó uno de los dolores mas agudos al conseguir quedarse con los breves de secularización, mismos que envió a Madrid.

Cuando lo supo fray Servando, rompió a llorar ¡Cuánto esfuerzo, fatigas y caminos le había costado obtenerlos! Hasta Roma llegó para poder defenderse de León y ahora se quedaba sin pruebas de los privilegios que había obtenido. El llanto surgía al perder la esperanza, y el desaliento se apoderaba de él cuando todo el cansancio y la fatiga parecían conjuntarse y lo llevaba a padecer en un instante todos los sufrimientos repartidos en el transcurso de su vida. A fray Servando, espíritu fuerte, lo salvó su instinto de supervivencia, la decisión de recuperar lo perdido y de alcanzar su objetivo, triunfó ante la debilidad de ese momento.

Físicamente estaba también débil y enfermo; sólo su obstinación y la práctica adquirida explican que pudiera burlar la vigilancia a que estaba sometido para enviar una

carta al provisor de Cádiz, pidiéndole dinero. Le llegó éste, alentando su nunca abandonada idea de escapar, pero el fraile jerónimo le asestó otro duro golpe; enterado del envío, aprovechó la ausencia de fray Servando de su celda, para levantar el ladrillo donde escondía el dinero y apoderarse de él.

—Por aquellos días, en que mi abatimiento no es para ser descrito, tuve la desgracia de lastimarme un pie, ya resentido a causa de los grillos —recordaba fray Servando años más tarde— y la sangre que manó con abundancia me parecía tan negra como quemada estaba mi alma.

Después de otro breve arresto a causa de una escapatoria fallida, se puso fray Servando de acuerdo con un clérigo preso por jansenista, y con la ayuda de un tercero que abrió el agujero por donde salieron, escaparon los tres de los Toribios, llegaron a la alameda de Sevilla y cada uno siguió su camino. Fray Servando embarcó hacia Cádiz, de donde salió enseguida al enterarse que lo estaban buscando. La venta de la ropa de cama que sacó del convento de Sevilla, le ayudó a comprar un pasaje con destino a Ayamonte, frontera con Portugal. Habían pasado trece meses desde su forzada vuelta a los Toribios.

Fray Servando fue testigo presencial de la famosa batalla de Trafalgar. Napoleón Bonaparte, nombrado emperador de Francia en 1804, había iniciado su política expansionista, pretendiendo la hegemonía de esta nación sobre el resto de los países europeos. Dispuesto a terminar con el obstáculo que representaba Inglaterra para sus planes y dadas las dificultades de un ataque por tierra, se decide la batalla naval en la que franceses y españoles pierden su flota ante el embate y la pericia de los ingleses, comandados por el almirante Nelson, que dejó ahí su vida.

Con el resultado de esta batalla se inicia un nuevo período en la política europea, que en las colonias españolas se traduce en una reafirmación del nacionalismo y el principio de la libertad, antecedente inmediato de las luchas que se inician para conseguirla.

El barco en que viajaba fray Servando a Portugal bordeaba la costa cuando alcanzó a ver veintinueve navíos y cuarenta y cuatro fragatas de guerra inglesas. Al día siguiente, 21 de octubre de 1805, se libró la batalla. Una fuerte tormenta obligó al barco de fray Servando a refugiarse en una torre de vigía, desde donde pudo mirar el convento, en el puerto de Palos, provincia de Huelva. De este puerto había partido Cristóbal Colón a encontrarse con un nuevo continente hasta entonces desconocido para Europa.

Ante el temor de que el barco fuera registrado, fray Servando lo abandonó y costó a pie la distancia que lo separaba de Ayamonte; en un barco pequeño cruzó el río que divide España de Portugal. De nuevo se encontraba en un país diferente, otra vez sin dinero, sin papeles y sin ropa.

—Aquí comienza el hambre, los apuros y nuevos trabajos —se decía a sí mismo— pero la libertad, más preciosa que el oro, los hace más tolerables.

—Tres años estuvo fray Servando en Portugal. Los avatares y penurias de los primeros días terminaron cuando el cónsul español en ese país lo nombró su secretario, debido a sus muchos conocimientos. Espíritu inquieto y gran polemizador, entró en contacto con dos rabinos de Inglaterra a quienes logró convertir a la religión católica, al igual que a sus familias, hecho que le valió el nombramiento de prelado doméstico de Pío VII.

Esta vez la vida tranquila que llevaba en Lisboa no fue interrumpida por la persecución del Consejo de Indias.

La abandonó libremente ante los acontecimientos políticos que convulsionaron a España y al mismo Portugal.

Napoleón Bonaparte había ordenado un bloqueo económico continental a Inglaterra que Portugal no respetó, continuando el intercambio con aquel país. España, indiferente a lo que pasaba a su alrededor, con un rey que poco sabía de los asuntos de estado, dejados en manos de su primer ministro Manuel Godoy, permitió la entrada de los franceses, como tránsito necesario para llegar a Portugal al que pretendían castigar y someter, sin prever que era España la que, de hecho, quedaba invadida.

El pueblo español indignado se levantó en armas, y ante la ineptitud demostrada por Carlos IV exigía a éste último cediera el trono a su hijo Fernando, lo que el rey no hizo, ya que, prisionero de los franceses abdicó en favor de Napoleón, quien a su vez cedió la corona a José Bonaparte, su hermano.

—Esto es una felonía —no se cansaba de repetir el padre Mier al enterarse de las noticias, y con su habitual determinación se apresuró a incorporarse como cura castrense del Batallón de Voluntarios de infantería ligera de Valencia.

—Yo respiro la misma indignación que ha electrizado la cólera de la nación y pido se me incorpore en su batallón —dijo al general, comandante del mismo, a su llegada.

Toda España se encontraba en guerra apoyada por los ingleses, los combates y la resistencia no cesaban; en la batalla de Belchite fray Servando cayó prisionero de los franceses, pero como es de suponer dada su mucha experiencia, se fugó y se reincorporó al ejército. En reconocimiento a sus méritos, el general Blake pidió a la junta de Sevilla en 1809 que se le concediera una canonjía o dignidad de la catedral



de México, lo que a pesar del empeño del militar quedó sin efecto.

Una vez reincorporado al ejército, el batallón al que pertenecía lo comisionó a Cádiz, ciudad a la que llegó desde los primeros meses de 1811. Desde 1808, en Cádiz se había reunido un grupo de patriotas para gobernar al país, ya que desconocían como rey a José Bonaparte. Este grupo convocó unas Cortes a las que asistieron representantes de las colonias y elaboraron la primera constitución española, que limitaba el poder absoluto de los reyes y terminaba con muchos de sus privilegios.

En esa época, Cádiz era un bastión liberal; las noticias de la insurgencia de América, los debates sobre ella en las Cortes y en la prensa, las victorias francesas y el incierto porvenir que éstas presagiaban, así como los informes que llegaban de la situación en México, convirtieron a fray Servando de capellán castrense en procurador del movimiento insurgente americano.

Su vida se desata de España y su foco de interés se centra en los asuntos de su país: defiende al virrey Iturrigaray por los acontecimientos de 1808, sigue con interés las noticias del encarcelamiento de los síndicos Azcárate y Verdad, y está enterado del levantamiento de Hidalgo. Por otro lado, sabe que Inglaterra, por su liberalismo y el interés comercial que representan las colonias de ultramar, brinda facilidades a los empeñados en la independencia de las posesiones españolas, y decide irse a Londres.

—Parto —le decía a un amigo— porque aunque he servido al ejército español durante cuatro años y merecido menciones y recomendaciones muy honoríficas, no sólo de mis jefes y de los de división sino de los generales en jefe, sé cómo

paga España y no dudo de ser peor tratado que cuando fui prisionero de los franceses.

—Pero, ¿qué le lleva a Londres? —inquirió su amigo, que estaba convencido que en Cádiz estaba en pleno apogeo todavía el movimiento insurgente.

—La posibilidad de imprimir algunas de mis obras —contestó el padre Mier—, especialmente la *Historia de la Revolución de la Nueva España*, que es un tejido de documentos en defensa de la ciudad de México contra las calumnias sobre lo ocurrido en 1808. Como comprenderá, aquí no se puede hablar con la verdad.

En octubre de 1811 embarcó fray Servando con rumbo a Inglaterra, tres días antes de que lo buscaran para encarcelarlo, a causa de sus opiniones.

En aquellos días, Londres era un conglomerado de nacionalidades; la invasión napoleónica había llevado a refugiarse en ese país a todo aquel perseguido que logró escapar, y abundaban los revolucionarios americanos y europeos. Entre las muchas amistades que hizo fray Servando en esta ciudad, contaba con la de José María Blanco White, editor del periódico *El Español*, quien le permitió publicar una serie de artículos titulados "*Cartas de un Americano Español*".

En esta serie de artículos, fray Servando no se limitaba a denunciar las injusticias sufridas en su persona, describía las que cometía el gobierno español con los criollos y sostenía una polémica con el mismo Blanco White sobre la independencia absoluta de Venezuela, con la pasión que siempre lo caracterizó y el fervor con que se oponía al despotismo. Mientras sus compatriotas se batían con las armas al otro lado del Atlántico, él luchaba con la pluma.

La derrota de Napoleón en Waterloo, en 1814, dio lugar a que los reyes europeos ocuparan de nuevo sus tronos, hizo lo propio Fernando VII en España, pero ya nada sería igual. En el continente americano los movimientos independentistas cobraban cada día mayor fuerza, mientras en la Península, la inicial aceptación de la Constitución por parte del monarca empezaba a dar el giro que acabaría por desatar la insurrección de los liberales.

En 1814, entusiasmado fray Servando con la derrota de Napoleón, dejó Londres y se fue a París, con la intención de seguir a España y encontrar ahí los medios para dirigirse a México; plan que se vio precisado a posponer por la reacción ya franca de Fernando VII contra todos los que habían apoyado la Constitución. La estancia de fray Servando en París se prolongó casi un año durante el cual, entre otras satisfacciones, obtuvo el honor de ser nombrado miembro del Instituto Nacional de Francia por sus méritos literarios.

En estos años los acontecimientos se sucedían con rapidez: Morelos, el caudillo de la insurgencia en Nueva España, había formado un Congreso Constituyente y proclamado la independencia absoluta de esta tierra; en España, los liberales se habían insurreccionado contra el despotismo de su rey, y en Francia se anunciaba el regreso de Napoleón de la isla de Elba, a la que se le había confinado tras su derrota. Este último suceso obligó a fray Servando a regresar de inmediato a Londres, viaje que pudo realizar porque se lo costeó su amigo Lucas Alamán, el que fuera posteriormente uno de los grandes historiadores de México, que se encontraba de viaje por Europa. De nuevo con sus amigos ingleses, se quejaba con ellos de su mala suerte.

—Siempre he deseado volver a mi tierra natal y ponerme

en comunicación con mi familia –les comentaba–, pero en estos días el deseo es ya imperiosa necesidad.

–Creo que no le sería difícil conseguirlo –apuntó uno de ellos– la corte anglicana tiene por costumbre presionar o socorrer a los sujetos que sobresalen por algún talento, subvención a la que podría usted acogerse y embarcar con ese dinero a Nueva Orleans, en donde se dice está abierta la correspondencia con las provincias internas del oriente, de la Nueva España.

Fray Servando consiguió esta ayuda y contó también con la de algunos liberales ingleses que veían con buenos ojos la independencia de las naciones americanas. Estaba ya a punto de comprar su pasaje, cuando recibió un recado firmado por Francisco Javier Mina, invitándolo a embarcarse con él en un buque propiedad de un amigo suyo, que iba a partir de Liverpool hacia las costas de Estados Unidos.

–Este Mina, ¿no es un guerrillero que combatió con los franceses durante la invasión, en los famosos sitios de Zaragoza? –preguntó el padre Mier al joven que le entregó la carta.

–Así es –contestó el joven con entusiasmo–, Mina el mozo, conocido por los duros golpes que asestó a los franceses con su grupo de rebeldes, hasta que cayó prisionero; durante cuatro años estuvo en la cárcel de Francia, de la que fue liberado al caer Napoleón.

–Conozco algo de esa historia, pero qué lo lleva a América –preguntó fray Servando con interés.

–Combatir el absolutismo e instaurar la Constitución – fue la inmediata respuesta del joven.

La actividad en el puerto de Liverpool era grande, barcos cargando y descargando mercancías, marineros que iban y

venían, decenas de personas que buscaban transporte para su país de origen y que no desmayaban y volvían al día siguiente y al otro, si no lo lograban ese día. Este ir y venir, las charlas y comentarios hacían de Liverpool una ciudad bulliciosa y alegre, aunque no todos compartieran esa alegría y sí una misma ansiedad.

Mina y el padre Mier se conocían de nombre, los dos habían peleado por la libertad en diferentes frentes, pero fue en el muelle de Liverpool donde se pusieron en contacto por primera vez. Fray Servando, con sus cincuenta años, acogió con benevolencia y simpatía al joven de veintiséis, apuesto y seguro de sí mismo, que se adelantó a saludarlo; era el 5 de mayo de 1816. En lo que esperaban a que zarpara la goleta *Caledonia*, que los conduciría a Norteamérica, empezaron la primera de las que serían después frecuentes pláticas durante la travesía.

—La expedición tiene por objeto establecer el sistema liberal de la Constitución en México —decía Mina a fray Servando— o darle la libertad, que una vez establecida en algún punto de los dominios españoles tan principal como México, correrá todo su horizonte.

—Pero, usted es español —replicó fray Servando, extrañado ante la vehemencia del peninsular.

—Por eso mismo. Yo creo que en América se ha de libertar a Europa. Es ahí donde se ha de hacer la guerra al despotismo como en su raíz; porque con el dinero del nuevo mundo Felipe II asalarió las tropas y encadenó a la nación.

—¿Y los beneficios que se obtienen de América? Porque no me dirá usted que dejar de recibirlos es bueno para el país —les interrumpió un marinero español, dejando de enrollar las cuerdas, para meterse en la conversación de Mina y el padre Mier.

—Inglaterra —le respondió el joven— creyó perder con la independencia de las suyas su brazo derecho y no ha hecho sino quintuplicar su riqueza y comercio. Además, la América alguna vez ha de ser libre; los hechos de la historia no presentan colonia que no se haya emancipado, como todos los hijos en llegando a la edad viril.

—Bueno, pero hasta donde yo entiendo, la guerra con todos sus desastres no va a poder evitarse —volvió a interrumpir el marinero, al que no acababan de convencer los argumentos de Mina.

—Amigo —le dijo el joven— si los americanos han de lograr su independencia a cualquier precio, con una ruptura violenta que acabe de separar los ánimos, por qué no les damos los españoles generosamente su libertad que es inevitable; así nos perdonarán los antiguos agravios por este beneficio y se estrecharán sin obstáculos los lazos de la sangre y la amistad, más útiles y provechosos.

Así seguía la conversación, entusiasmados ambos por comunicar al marinero que tan llanamente había entablado charla con ellos, la fe que compartían en la libertad y los males del despotismo, cuando Mina recibió una mala noticia: los hombres que esperaba como parte importante de la expedición, habían sido capturados en Burdeos. Sin desanimarse, dio orden inmediata de zarpar; con fray Servando incluido no llegaban a una docena los hombres de la expedición organizada por Mina a favor de la independencia de México.

IV

En Norfolk, primer puerto de Estados Unidos que tocaron, desembarcaron Mina y fray Servando. El primero

siguió a Washington y después a Baltimore con la intención de allegarse recursos, armas y hombres para formar un ejército y llevar a cabo sus propósitos. Fray Servando estuvo en Filadelfia y Nueva York; llegó a Nueva Orleans en octubre de 1816, para encontrar que la comunicación desde este punto con su patria se encontraba cerrada, por lo que prosiguió su viaje hasta Galveston, en donde le aseguraban que era fácil el tránsito.

Mientras tanto, Mina había tenido varios descalabros: en Santo Domingo murió un buen número de la gente reclutada, otros habían desertado. Así que llegó a Galveston con sólo ciento cincuenta hombres. Como le urgía hacer un viaje a Nueva Orleans en donde le habían prometido recursos, dejó el mando a Mariano Montilla, un caraqueño a quien había nombrado jefe de su estado mayor, que convenció a los soldados de Mina para que se fueran con él a Venezuela en vez de a México. De regreso en Galveston, Mina ordenó la salida a Soto la Marina, en la costa de México; siete navíos viejos y alrededor de trescientos hombres formaban la expedición a la que se había unido Servando Teresa de Mier.

El 21 de abril de 1817, al año exacto de dejar Londres con rumbo a Liverpool para hacerse a la mar, y veintiún años después de haber salido de San Juan de Ulúa con destino al convento de las Caldas, en Santander, España, llegó a Soto la Marina, su patria, el que ya no era fraile por dispensa de Pío VII, sino el presbítero Servando de Mier.

—Esto es una temeridad —le iba diciendo el padre Mier a Mina mientras se encaminaban del lugar de desembarco al pueblo, ya que no salía de su asombro al verse a doscientas leguas del teatro de la guerra, en estas provincias internas pobres y despobladas—, desembarcar en Nueva España con

un puñado de hombres es un despropósito, pero hacerlo en esta región...

—Lo sé —le replicó el joven—, pero con doce hombres comencé en España, y no saldré de acá aunque me vea solo con mi fusil al hombro.

Como algunos norteamericanos, que compartieron el primer desaliento de fray Servando, se reembarcaron. Mina echó a pique un navío y dejó los otros abandonados. De abril hasta fines de mayo, infatigable se dedicó a conseguir caballería, sustituir a los desertores por vaqueros de la jurisdicción y a construir un fuerte para dejar ahí algunos oficiales, mientras él con el grueso de los hombres se internaba para empezar las batidas.

Además, dio títulos y grados en nombre del gobierno independiente, y fray Servando recibió el de Vicario General, por lo que su entrada a la parroquia de Soto la Marina la hizo con vestiduras de prelado doméstico de su Santidad, dignidad que siempre reclamó como legítima. En esa ocasión lucía “vestuario morado, solideo, guantes y aún cuello morado”.

A fray Servando le preocupaba la situación del fuerte, ya que Mina partiría al día siguiente, 24 de mayo, hacia el interior del país con la mayor parte de los hombres, y dejaba aquél a las órdenes de un catalán, el mayor José Sardá, con una oficialidad formada por doce franceses, seis angloamericanos, tres italianos, dos alemanes, un español, un colombiano y un mexicano.

—Este fuerte no puede defenderse ni servirá como punto de refugio —le hacía ver el padre Mier a Mina la víspera de su marcha— no tiene víveres ni carbón, y por el lado del río se encuentra totalmente al descubierto.

—No tardaré más de dos meses en volver —le respondió

Mina mientras tanto se puede defender; después ya veremos.

—No estoy de acuerdo, pero aquí me quedaré —le contestó fray Servando cansado de porfiar.

En uno de sus arranques, y sin que haya podido establecerse el motivo preciso, el padre Mier puso un cartel en la entrada de su alojamiento que decía: “aquí se agradecen, pero no se reciben visitas”. Cuando meses después tuvo que defenderse de las acusaciones por las que lo tenía preso el Santo Oficio, se apoyó en este letrero para negar su asociación con Mina y su causa, ya que dijo haberlo colgado para evitar en lo posible el trato con los hombres del fuerte, y verse, así, libre de la influencia que podían hacer en su ánimo, que no era otro que el de rendirse a los realistas. Cualquier argumento era bueno para verse absuelto de los variados cargos que se le hacían.

Al poco tiempo de haber partido Mina, el comandante Arredondo, jefe del ejército realista de las provincias internas del oriente el nuevo reino de León, Coahuila, Texas y Nuevo Santander sitió el fuerte, que sólo pudo resistir cuatro días, a pesar de que el encargado José Sardá, militar honrado y valiente, no estaba dispuesto a rendirse. Los soldados franceses, mercenarios que luchaban por una paga y no por ideales, se pasaron del lado enemigo y fray Servando, en su carácter de sacerdote y ajeno a la milicia, decidió ir a parlamentar con los realistas, para asegurar que se cumpliría el indulto y perdón amplio que Arredondo había prometido si se rendían.

En el indulto se les ofrecía ser recibidos como prisioneros de guerra y que se les trataría con decoro conforme al rango y grado que entre ellos tenían; que a los extranjeros se les enviaría a sus patrias y se les respetarían los equipajes, y

a los mexicanos se les perdonaría y quedarían en libertad. El 14 de junio de 1817 capituló el fuerte, pero nada de lo prometido por Arredondo se cumplió, a pesar de haber ofrecido éste su palabra de honor, que “nunca había sido quebrantada”.

A los dos meses de haber llegado a su patria, estaba preso fray Servando e incomunicado, requisados sus papeles y demás pertenencias; ya no por haber pronunciado un sermón, sino por sus ideas, sus escritos y su relación y contacto con Mina y otros insurgentes americanos. Lo precedía y aumentó de tal manera su fama de letrado, talentoso y argumentador rápido y convincente, que se reforzó la orden que prohibía que se le dirigiera la palabra con otra de excomunión.

—¡Esto es ridículo! —vociferaba fray Servando fuera de sí, como pocas veces lo había estado en su azarosa vida—, toda excomunión en materia política es un abuso, como es nula toda excomunión contra la multitud, según la regla de derecho tantas veces invocada por Santo Tomás de Aquino.

—No se exalte —le dijo el oficial que le llevó la orden—, además de la suya hay excomunión de inmediato contra toda persona que se comunique con usted de alguna manera.

—Pero, ¿es que no entiende? —gritaba furioso el castigado— la excomunión *ipso facto* es un abuso y se reduce a una amenaza. Lo único que han hecho ustedes es valerse de ella para fanatizar a los pueblos y ensangrentar la insurrección.

—El señor vicario general tiene un modo muy poco digno y humilde de aceptar lo que la iglesia dicta —le dijo burlón Arredondo, que llegó atraído por los gritos.

—Vicario o no es cosa mía —contestó fray Servando—, pero usted es el primero que no cree en tal excomunión; son

ustedes quienes las solicitan a los eclesiásticos aduladores, y las utilizan como fuerzas que juzgan oportunas para desacreditar al prójimo y fascinar a la plebe.

Arredondo ni siquiera contestó, mandó al oficial que le fueran llevados los libros que tenía fray Servando en su poder cuando fue capturado. Entre ellos encontró la *Historia de la Revolución de Nueva España, antiguamente Anahuac o verdadero origen y causas de ella con la relación de sus progresos hasta el presente año de 1813*, así como algunas de las *Cartas de un Americano al Español*. La Historia de la Revolución la había publicado en Londres en 1813, con el seudónimo de José Guerra; el apellido Guerra era el de su madre y José era uno de sus nombres de bautizo, aunque nunca lo usó. El hecho de que el libro llevara en su título la palabra “revolución”, aún sin saber quién lo había escrito, fue suficiente para alarmar a Arredondo, quien se valió de este pretexto para quebrantar el indulto y mandó poner un par de grillos a fray Servando, tres días después de haber caído el libro en sus manos.

—Usted sí es el excomulgado —le dijo fray Servando que no podía olvidar el absurdo de las excomuniones—, no ha respetado mi carácter, mi graduación ni mi dignidad y nacimiento.

Montado en un mulo y con una escolta de veinticinco caballos, al mando del capitán Antonio Ceballos, mandó Arredondo a fray Servando a México. El camino era difícil, pues seguían la Sierra Madre Oriental con sus numerosos precipicios y voladeros, que en esa época de lluvias eran especialmente peligrosas, ya que éstas hacían que los caballos perdieran el paso y avanzaran lentamente. Fray Servando, al que llevaban amarrado a la montura cayó varias veces, pero el capitán nunca accedió a atarlo de tal ma-

nera que una cierta libertad le permitiera un mejor equilibrio. Los soldados eran los que se arrimaban a él y le ayudaban en los pasos difíciles.

El capitán Ceballos continuamente atacaba a los americanos, acusándolos de traidores y apóstatas, y como Mier, siempre rebelde, discutía, las amenazas de fusilarlo o partirle el corazón con dos balas caían sobre él a cada instante. Este mismo capitán, en una de las pocas ocasiones en que se mostró comunicativo, le contó a fray Servando que se había dedicado a la mística lo que confirmó a éste que estaba a cargo de un verdadero fanático, como le comentaba después a un compañero de prisión.

—Supe que tenía que lidiar con la crueldad de un fanático —recordaba Mier— porque ha de saber que no hay hombre más feroz que el que aferra su mal natural con la máscara de la religión; degüella sin compasión a sus víctimas para presentárselas a Dios.

El padre Mier había cumplido ya cincuenta y dos años. En Huexotla tuvo unas fiebres que lo debilitaron mucho, y sin que estuviera completamente repuesto siguieron el viaje a Zacualtipán. En esta población, Ceballos lo obligó a montar un caballo respingón, que al sentir el peso del jinete dio tal reparo que fray Servando voló por los aires, al caer se fracturó el brazo derecho en tantas partes que le quedó inutilizado, sin que nunca más lo pudiera mover normalmente; tirado en tierra como se encontraba, le gritaba el capitán:

—Desgraciado, rebelde, apóstata, ¿qué no sabe montar? Levántese enseguida que no podemos perder el tiempo; levántese, le digo.

El dolor fue tan agudo que lo hizo desvanecerse, y

sin que recibiera ningún cuidado especial, Ceballos le ordenó montar el mismo caballo y dirigirse a trote hasta Atotonilco el Grande, para no perder la misa.

—Estos fanáticos —se lamentaba fray Servando— no saben que primero es la caridad y después el cumplimiento de un precepto eclesiástico.

El capitán Ceballos dejó la comitiva para adelantarse a la ciudad de México y presentar al virrey Ruíz de Apodaca las acusaciones contra fray Servando; a los cargos que llevaba añadió tres cartas que le había interceptado, escritas por un soldado, en las que el prisionero solicitaba a algunos amigos se movilizaran en su favor, en tanto los otros lo hacían para acusarlo.

En Pachuca intentaron sin éxito arreglarle el brazo. El espectáculo que presentaba el padre Mier, tendido boca arriba en un camastro, con grillos y sin poder valerse por sí mismo, hizo exclamar al nuevo capitán de la escolta, más humano que el anterior.

—Este hombre me causa verdadera compasión, es triste verlo así, con tantos dolores y sin que podamos hacer nada para remediárselos.

—No veo por qué le causa ese sentimiento, es un traidor —le respondió el comandante del lugar—, que se le mantenga encerrado y con un centinela a la vista.

Quince días estuvo fray Servando incomunicado en Pachuca. Mientras tanto en México, el secretario del virrey, al enterarse de los cargos y saber por el capitán Ceballos cuáles eran las ideas y opiniones del prisionero, le decía a este último:

—Como bien dice el virrey, lo que debía haber hecho Arredondo con este padre y con todos los detenidos era

pasarlos por las armas y no mandarnos tales engorros. Hubo capitulación y las reglas son otras, pero si lo fusila, acá se lo hubiéramos aprobado. Ya tenemos bastante con su compañero de viaje, al que se le está preparando una buena batida.

Francisco Javier Mina había desplegado gran actividad, librados con éxito algunos encuentros en las intendencias de San Luis Potosí y Zacatecas, llegó a Guanajuato, en donde operaban algunas guerrillas, una de ellas al mando de Pedro Moreno y otra dirigida por José Antonio Torres, que se encontraba en aquellos días fortificado en Los Remedios. Mina y Moreno unieron sus fuerzas para defender el fuerte El Sombrero. El primero hizo un viaje relámpago para reconocer como órgano gubernativo a la Junta de Jaujilla, con lo que se adhirió libremente a los decretos de la Constitución de Apatzingán, que era los que seguían rigiendo en dicha Junta.

Los realistas se encontraron de pronto con un movimiento insurgente que cobraba nuevas fuerzas y asestaba duros golpes a su ejército. El virrey Apodaca envió al mariscal de campo, Pascual de Liñán, con un enorme aparato bélico, a detener las fuerzas de Mina, que nada pudieron hacer ante las cargas de artillería de los realistas en el sitio de El Sombrero. Se rindió éste a mediados de agosto, pero Mina y Moreno pudieron escapar, lo que enfureció a Liñán, que se desplazó hacia Silao para sitiar Los Remedios.

También a mediados de agosto, el 13 de agosto de 1817 exactamente, fray Servando salió de Texcoco con rumbo a la ciudad de México, de Pachuca lo habían llevado al castillo de Perote, en donde pasó una de las noches con más frío de su vida y, de ahí, siguiendo nuevas órdenes lo trasladaron a Texcoco. En una hacienda de esta población

lo esperaba Concha, teniente general de los ejércitos realistas, que gozaba de gran fama por ser el que apresó a Morelos. En este caso, a él se debió la orden de mantener encerrado e incomunicado al padre Mier en Pachuca, lo que mandó se hiciera también en Texcoco, en donde quedó recluso en una mazmorra.

—Estoy perdido— se decía a sí mismo el padre Mier. Venir a caer en manos de un hombre que, salido de una taberna, ha llegado en poco tiempo a empuñar el bastón de coronel por la prisión de Morelos, y es famoso por los fusilamientos de sacerdotes y los tormentos a los que los somete para sacarles supuestos delitos, ya es mala suerte...

En Texcoco se vio que las acusaciones no eran tan graves, se le dio mejor trato y continuaron la marcha hacia México. Fray Servando cruzó la garita de San Lázaro al anochecer; volvía prisionero y con tan escasa luz que apenas podía reconocer las calles y casas de la ciudad que le obligaron a abandonar en 1795, a causa del sermón que predicó sobre la Virgen de Guadalupe y que todavía lo obsesionaba y lo llevaba a argumentar en su defensa.

El arzobispo Núñez de Haro había muerto, pero el motivo último de su delito, el odio hacia los criollos, continuaba; era este odio el que dictaba las injusticias y el que permitía entender que se hubiera enviado a fray Servando a España sin ser escuchado, para ser puesto en manos de un Consejo de Indias, cuyo mal funcionamiento acrecentaba la distancia del lugar de los acontecimientos; llegaba a la ciudad de México custodiado, directamente a una cárcel, con un número cada vez más alto de acusaciones en su contra, y cuando el país luchaba por acabar con tan injustas situaciones como la del criollo mexicano Servando de Mier.

El 14 de agosto llegó a la cárcel secreta de la Inquisición, al lado mismo del convento donde había profesado; después de quitarle los grillos y retirarle lo poco que llevaba, lo encerraron en una pieza espaciosa y bien pintada, marcada con el número diecisiete. Como se le trataba bien, con bastantes atenciones y cierta cordialidad, con la consiguiente extrañeza para quien no estaba acostumbrado a buenos modos en una cárcel, el acusado pensaba que nada se le negaba a los que iban a ser ahorcados, y temía también que su estancia en la cárcel pudiera resultar tan larga como el nombre de la calle donde ésta se encontraba: Perpetua.

En este lugar le llegaron noticias de Francisco Javier Mina y de la persecución tenaz a que lo tenían sometido las fuerzas realistas desde su huida de El Sombrero, y cómo con un pequeño ejército intentó dar algunos golpes sorpresivos sin éxito; entre ellos, uno en Guanajuato del que salió derrotado y su gente dispersa, lo que le obligó a refugiarse con unos cuantos en un rancho llamado El Venadito. Moreno defendió su vida, pero sucumbió ante el número de sus adversarios y Mina fue capturado y conducido al fuerte de Los Remedios. Ahí se le abrió una causa por traición a la patria, por la que fue condenado, sin apelación posible, a la pena de muerte; lo fusilaron por la espalda el 11 de noviembre de 1817.

—Era un hombre en extremo confiado y sencillo —se decía fray Servando embargado por la tristeza—, luchador incansable en contra del absolutismo, y ahora una víctima más del sistema opresor al que nos enfrentamos.

El destino había dado el giro definitivo a las intenciones de los dos hombres; uno muerto y el otro encerrado en la cárcel de la Inquisición. Apodaca recibía el título de conde

de Venadito, pero se percibía en el ambiente un cambio en relación con los títulos y la situación de los opresores.

Fray Servando, viejo zorro experimentado en el asunto de cárceles, se las ingenió para sostener correspondencia con los otros presos, por medio de una mata de yerbabuena que se encontraba en un jardincillo al que tenía acceso; sin que los vigilantes llegaran a sospechar, les suministraba además tinta en cáscaras de nueces e intercambiaba algunos libros con ellos.

—Los inquisidores son buenos —decía al padre Mier—, pero el oficio es malo, aunque se le llame santo; se ocupan más de los asuntos de estado que de la religión.

—¿Qué sabe usted de los masones? ¿Quiénes costearon la expedición de Mina? —eran las preguntas que con más insistencia le hacían.

—No sé nada y poco puedo decirles al respecto —respondía fray Servando, que negaba pertinazmente su asociación con Mina, sus contactos con otros insurgentes de la América del Sur e inclusive el haber escrito alguna de sus obras.

—Mire que está usted excomulgado —le hacían hincapié tratando con este argumento de forzarlo a una confesión más amplia.

—No sé nada —les respondía— y aunque supiese mucho tampoco se los diría, y las amenazas no me importan; es un abuso intolerable valerse de la religión para el chisme, la acusación y la política que, en la práctica, es lo inverso a la moral. ¡Santo Dios, se decía, quién se hubiera imaginado que tu religión toda amor y fraternidad había de convertirse en instrumento de la discordia, la cizaña y la persecución!

—Dígame usted, ¿cuál es la causa de mi prisión? —le preguntaba al inquisidor que mensualmente visitaba la

cárcel, sin que le diera nunca una respuesta cumplida.

–Claro, estoy archivado por orden del inquisidor general de la Nueva España, señor Ruíz de Apodaca –se atrevía a comentar a media voz fray Servando.

Al año de estar en la cárcel de la inquisición, no obstante lo mal que tenía el brazo derecho, como consecuencia de la caída del caballo, pidió papel y tinta y escribió el siguiente soneto:

Pecó Adán, comió fruta vedada:
Mató Caín a su hermano; Dios sabía
La excusa que uno y otro le daría
Cuán ridícula, fútil e infundada
y con todo hasta oírlos no hizo nada.
Mi juez no sabe la que yo daría,
Y sin hacerme aún cargos hasta el día
Llevo un año de cárcel bien pesada.
Qué hacer, estilos ni razón de Estado
No podrán salvaros en el día del juicio:
Lo que a ejemplo de Dios no va arreglado,
Será allí condenado como vicio,
O sea el Santo Dios aquí imitado
O dejad de llamaros Santo Oficio.

No soportaba la idea de que se le acusara de delitos contra la fe, convencido como estaba de que la acusación en contra suya era exclusivamente el resultado de una criminal política. A los inquisidores les envió una Memoria en la que les reprochaba el que calumniaran al prójimo y defendía la causa de la insurrección americana, que nada tenía que ver con la religión, lo que dejaba de lado a la Inquisición en los asuntos de los insurgentes. El levantarse contra la opresión

de un rey o un gobierno, porque no se cree legítimo, sea porque nunca tuvo derecho, sea porque decayó de él o porque aterroriza –decía en el escrito– podrá juzgarse como un delito en los tribunales de guerra, política o justicia; pero es una maldad traspasarlo al tribunal de la fe, que por ahí vendría a hacerse árbitro de los destinos de las naciones y acabaría por hacer la religión tan odiosa a los pueblos como la tiranía.

–¿Cómo se ha atrevido a escribir todo esto, padre Mier? –le preguntó escandalizado uno de los inquisidores que fue expresamente a visitarlo después de haber leído el memorial.

–Porque estoy convencido que la verdad si se prueba, no necesita tormentos para ser creída –fue la respuesta concluyente de fray Servando.

–Pero, me concederá usted que de alguna manera tenemos que hacer recapacitar a los que se han alejado de Dios –repuso el inquisidor.

–Lo único que harán serán hipócritas –le respondió el padre Mier–, porque el corazón se rebela contra la violencia, y la cabeza no se convence con grillos en los pies. Si la doctrina católica nos dice que la fe es un don de Dios que nadie puede merecer, se debe compadecer y no freír al infeliz a quien Dios no ha querido infundir aquella gracia.

–Me doy plena cuenta de que no está usted muy cuerdo, no por las razones que le asisten, sino por el atrevimiento de expresarlas en este lugar y dada la situación por la que atraviesa –fue el comentario del inquisidor, que hizo intención de despedirse.

–No sé si estoy loco –siguió argumentando en voz alta el padre Mier–, pero el pobre pueblo que ignora las trampas del arte y oye tanta herejía, errores, impiedades, blasfemias

y demás *totoli mundi* inquisitorio, cree que ha desembarcado una legión de demonios en la barriga del autor y lo achoca o aplude a la quema; cuando el que merecía arder cien veces es el perverso teólogo –peripáteti o escolástico hipotético –consegüenciario-heretificador-calumniador del prójimo, fanatizador y engañador del pueblo.

Todos éstos y otros muchos adjetivos manejaba bien fray Servando, que de 1817 a 1820 en que permaneció en la cárcel secreta de la Inquisición, no se cansó de gritar, dar razones y defender la causa de la independencia de las colonias de la Nueva España y su propia causa; también escribía infatigablemente y de esos años de encarcelamiento es la *Apología*.

Por fin, el 12 y 13 de mayo de 1820, después del olvido en que había caído su causa, especialmente desde la muerte de Mina, fue citado a audiencia de confesión de cargos; hecho que causó gran revuelo y en el que se adivinaba la inquietud de los inquisidores ante las noticias que llegaban de España.

El 9 de marzo de ese mismo año había sido abolido el Santo Oficio en la Península, y temían quedara absuelto y libre el “religioso apóstata”, como lo llamaban; dado que la confesión de cargos no permitió establecer un veredicto, remitieron el reo al virrey, disculpándose de no haber terminado la causa, por las muchas y largas diligencias que demandaba el juicio, e instruyendo a éste sobre la conveniencia de tenerlo incomunicado en la cárcel de la corte y no ya en la que se hallaba, por la extinción del tribunal, que era ya noticia pública.

Después de más de dos años de trato judicial, el Santo Oficio mandó al virrey Apodaca el siguiente retrato del reo: “Fray Servando es el hombre más perjudicial y temible de este reino de cuantos se han conocido. Es de un carácter

altivo, soberbio y presuntuoso. Posee una instrucción muy vasta en la mala literatura. Es de genio duro, vivo y audaz. Su talento no es común, y logra además una gran facilidad para producirse. Su corazón está tan corrompido, que lejos de haber manifestado en el tiempo de su prisión alguna variación de ideas, no hemos recibido sino pruebas constantes de una lastimosa obstinación. Aún conserva un ánimo inflexible y un espíritu tranquilo, superior a sus desgracias”.

“En una palabra —continúa el escrito— el religioso aborrece al Rey, lo mismo que a las Cortes, y a todo Gobierno legítimo. No respeta ni a la Silla Apostólica, ni a los Concilios. Su fuerza y pasión dominante es la Independencia Revolucionaria, que desgraciadamente ha inspirado y fomentado en ambas Américas por medio de sus escritos llenos de ponzoña y veneno”.

El 30 de mayo, a las nueve de la noche, el mayor de la plaza con tres ayudantes, trasladaron a fray Servando a la cárcel de la corte, en donde quedó recluido en el calabozo conocido como *El olvido*. Al darse cuenta más adelante que era el lugar por donde sacaban a los que iban a ahorcar, pensó que estaba encapillado.

V

Cuando Fernando VII regresó a España quiso acabar con las ideas liberales que trajo e impulsó la invasión napoleónica, en las que se basaban tanto los españoles como los americanos para expresar sus sentimientos en contra del despotismo sufrido durante años y les llevaban a exigir una mayor participación de la ciudadanía. En Cádiz se reunieron los diputados de todas las provincias

españolas y de las colonias de ultramar y se firmó la primera Constitución en 1812.

En la Nueva España, el virrey y los peninsulares vieron con recelo la aprobación de la carta magna, pero ante el júbilo mostrado por el pueblo no tuvieron más remedio que darla a conocer. Esta constitución llenó a muchos de esperanzas y dio fuerte impulso a quienes veían en la creación de un gobierno propio la única solución para el estado en que se hallaba el país.

En 1814 Fernando VII consiguió su propósito y abolió la Constitución que había inflamado las ideas liberales de la época; de un plumazo, con su autoridad de rey, desoyó lo que su pueblo le pedía; pero ese mismo pueblo que se había enfrentado a las tropas invasoras en su nombre, pidiendo la restitución de la Corona en su persona, no dejó de exigirle el cumplimiento de su deber; surgieron en España hombres que, al igual que Mina, no estaban dispuestos a ser gobernados por la voluntad y el despotismo de una sola persona.

En esos años, la insurgencia en México había perdido fuerza. En las montañas del sur quedaba como caudillo Vicente Guerrero, que no dejaba de preocupar al virrey Apodaca, aunque alejado como estaba el insurgente del centro de la acción, le permitía a éste informar que el país estaba pacificado. Pero la historia ha demostrado que los movimientos de liberación son irreversibles, una vez plantada la semilla de los ideales en busca de una situación que favorezca a una pueblo, germina de tal forma que por muchas talas que se realicen para acabar con ella, queda enraizada en la conciencia y espera el menor descuido para brotar de nuevo.

En España, el triunfo del pronunciamiento del comandante Rafael de Riego, en Andalucía, obligó a Fernando VII a jurar la Constitución de 1812. El 7 de marzo de 1820 se efectuó la restauración, al día siguiente el rey expidió un decreto por el que quedaban liberados los presos por opiniones políticas, y el 9 del mismo mes abolió el Santo Oficio. La noticia cruzó rápidamente al otro lado del Atlántico y llegada a Veracruz, el mismo pueblo se encargó de pregonarla con gran júbilo y proclamarla durante todo el recorrido hasta la ciudad de México, en donde el virrey y la Real Audiencia juraron la Constitución el 31 de mayo.

En la calle, las tertulias, y los mercados la restauración de la Constitución era el tema de esos días; en el palacio de gobierno renació el nerviosismo porque se sabía que este acto traería consecuencias, sin que pudieran predecir y menos precisar de qué tipo serían éstas. Se modificaba un sistema con tres siglos de uso, y el cambio, cualquiera que éste fuera, era inevitable. La reclusión de fray Servando en *El olvido*, el calabozo de la cárcel de la corte al que había sido trasladado la víspera de la jura de la Constitución, y el juicio que se hiciera a todos los presos del Santo Oficio, ante la inminente desaparición de éste, hablaban muy claramente de la tensión y el ambiente que se vivía en el país.

Precisamente el día en que se juró la Constitución, fray Servando cayó en cama con unas fiebres. El gobierno temía a este hombre exaltado e ingenioso que siempre se las arreglaba para expresar lo que sentía y atacar el poder mal entendido, por lo que el virrey dio órdenes para que se le mantuviera incógnito; pero no podía retrasar indefinidamente la audiencia que debía pronunciarse sobre

los cargos que se le hacían. Cuando ésta fue por primera vez con fray Servando era grande la curiosidad de los oidores por conocer al hombre al que las persecuciones habían dado celebridad, el interrogatorio fue largo sin que se llegara a una solución.

En la siguiente visita de los oidores, fray Servando, de pie, se defendió con argumentos sólidos e irreplicables por el conocimiento profundo que tenía de la Constitución de 1812 y de las leyes de Indias. Con base en el articulado de la primera y en las medidas inmediatas a que originó su adopción el acusado presentó a la audiencia las siguientes demandas:

–Reclamo lo primero, la obediencia debida al real decreto del 9 de marzo último para poner inmediatamente en libertad a todos los que estábamos en las inquisiciones por opiniones políticas. Reclamo la obediencia a igual decreto de la misma fecha circulado a todos los Capitanes Generales para poner luego en libertad, para que vuelvan a su domicilios, a todos los que estuvieran presos en cualquier parte por motivos políticos.

–Todo lo que ha declarado queda consignado en actas –le comunicaron los oidores poco antes de salir de la capilla.

La causa de fray Servando no era sencilla por los muchos y variados cargos que se le habían ido acumulando. A los de tipo político, como era el ser partidario y defensor de la causa de la independencia, haber mantenido contacto con reconocidos insurgentes y denostar en sus escritos al rey y al gobierno establecido, se unían los de carácter religioso, que iban desde los cargos de impío a los de infidencia, por el uso de títulos y dignidades eclesiásticas que no le correspondían. No era fácil desenmarañar el caso y lo complicaba, en cambio, la actitud de fray Servando que

no callaba nunca cuando creía tener razón y replicaba con viveza sin importarle las consecuencias de este continuo poner en entredicho a su interlocutor. Para el virrey, la causa misma y el personaje se habían convertido en asunto molesto, por no encontrar ni en la condena ni en la libertad la solución del caso.

–Se le hará un juicio compuesto por la autoridad militar y eclesiástica reunidas –fue la decisión que le dio a conocer la audiencia a fray Servando en su siguiente visita.

–¿En qué parte de la nueva legislación existe ese tribunal hermafrodita? –gritó furioso fray Servando–, el tribunal militar sólo está determinado para los militares, como el eclesiástico lo está sólo para los eclesiásticos.

–Hay una orden de la Regencia de 1810 para juzgar en ciertos casos por la autoridad reunida militar y eclesiástica –le respondió el escribano.

–Pero, ¿qué no pueden o no quieren entender que fue ésa una orden provisional, conforme con el antiguo régimen, que no tiene hoy validez alguna y ha sido declarada ilegítima, no sólo por Fernando VII, sino por las mismas Cortes de Cádiz. ¡Protesto contra esa autoridad reunida, desconocida y reprobada en la Constitución! –concluyó ya fuera de sí.

Con la misma tónica y sin ningún progreso efectivo se sucedían las entrevistas con la audiencia, hasta que, aburrido fray Servando de tanta discusión inútil durante mes y medio, terminó por increpar a los oidores:

–Si ustedes quisieran ponerse los calzones, yo ya estaría libre –frase que no supo la audiencia si era conveniente dejar asentada en actas.

Después de esta última visita de la audiencia, el virrey ordenó que el 19 de julio a media noche, se sacara a fray

Servando de *El olvido*, y se le llevara a casa del capitán de policía en donde se le leyó un dictamen en el que se consignaba que, en su caso, no era válido el indulto concedido por el rey, por quedar excluidos del mismo los rebeldes y traidores de América, y se daba orden para que fuera sacado del país y deportado a España, en donde podría gestionar la concesión del indulto ante el mismo rey.

—¿Cómo puede el virrey creerse con facultades absolutas para desterrar cuando quiere? —preguntó indignado fray Servando—. No os canséis españoles, si no se destruye la causa de la insurrección, que es la opresión, no se puede destruir su efecto. Todo lo que habéis leído está lleno de falsedades y equivocaciones —prosiguió ya más calmado—, todo es ilegal, inconstitucional y nulo; de hecho nunca se me ha dado audiencia, aunque nunca he dejado de pedirla, y aprovecho la presencia de todos ustedes para reclamar los haberes que me fueron arrebatados la noche de mi ingreso en la Inquisición, ya que la Constitución prohíbe la confiscación de bienes.

Hasta el último momento hizo alarde del conocimiento de sus derechos, de la Constitución y las Leyes de Indias, pero en vista de la escasa efectividad de sus argumentos acabó por decir a las autoridades de diverso tipo y rango presentes en la sala:

—Ahora entiendo, vosotros jurasteis platicar la Constitución, pero no practicarla —cansado y abatido se dejó conducir por sus guardianes.

A la una de la madrugada, el mayor de la plaza y el capitán de policía lo sacaron de la ciudad por la garita de san Lázaro, en donde lo esperaba una escolta de trece dragones y otras ordenanzas de pie y a caballo; la orden del virrey se había cumplido con gran silencio y sigilo.

—Cuando se ejecutan así los casos —dijo fray Servando al capitán de la policía— es porque suponen la desaprobación del pueblo y manifiestan la injusticia y el temor del que los decreta.

—Es una fiera y debéis tener cuidado, que sabe mucho de fugas, aunque más peligrosa es su lengua —advirtió el virrey al teniente que lo debía conducir a Veracruz; frase que escuchó el detenido y lo llenó de amargura.

—Mi fiereza consiste —se decía a sí mismo— en haber pedido con viveza que se me dijera la causa por la que se me tenía sepultado en un calabozo de la Inquisición, en donde permanecí tres años, y en haber solicitado que se me escuchara.

Veinticinco años después, en parecidas o más duras circunstancias, volvía a recorrer el camino hasta el fuerte de San Juan de Ulúa; en esta ocasión pesaba sobre él la orden que prohibía que se le dirigiera la palabra, dictada por quien temía al prisionero que expresaba sus ideas con carácter indómito que siempre lo caracterizó.

Llegó a San Juan de Ulúa el 4 de agosto en plena canícula, con un calor terrible. En Veracruz dio una prueba más de su gran resistencia física, pues en aquel entonces el puerto era un lugar insalubre donde las pestes azotaban frecuentemente a sus habitantes con especial virulencia en esa época del año. Los viajeros y comerciantes que desembarcaban en este puerto se las arreglaban para salir lo más pronto posible, huyendo de esa zona famosa por las muertes que había cobrado durante muchos años.

Desde la costa se veía el fuerte como un gran bastión, protector de las entradas y salidas del país por el lado del Atlántico, emergiendo de la isla como un enorme castillo amurallado e innaccesible. La única salida con la

que contaba se encontraba vigilada de día y de noche y protegida, además, por el mar que lo rodeaba, abundante en tiburones por si a alguien se le ocurría intentar abandonarlo a nado; lo que aún sin pensar en los tiburones era casi imposible por estar los calabozos bien resguardados y ofrecer escasas posibilidades de escape.

Al llegar fray Servando a su destino se le encerró en el pabellón número siete, al que bautizó con el nombre de *Temascaltepec*, porque su calor y humedad le recordaban el temascal indígena. Ahí escribió su *Manifiesto Apologético* y un gran número de cartas, destinadas unas al gobernador de Veracruz, otras al virrey Ruíz de Apocaca, al vicario general del Arzobispado de México y a la junta Provincial, para protestar ante estas autoridades de la injusticia de que era víctima.

La independencia se veía todavía lejana cuando el padre Mier escribía en San Juan de Ulúa el texto titulado *¿Puede ser libre Nueva España?*, un opúsculo en el que, con gran visión y sentido práctico contestaba a las preguntas que él mismo se formulaba en aquel entonces;

“No habiendo un centro de poder —dice el escrito— al que obedezcan todos los que se proponen resistir al yugo del antiguo gobierno, hay anarquía. ¿Cómo se han imaginado los jefes insurgentes que separado cada uno en su mando, podían prevalecer contra el sistema combinado del gobierno real, que atacaba a cada uno aislado con todo su poder reunido? Necesariamente debían ir pereciendo unos tras otros los jefes, cansarse los soldados y los pueblos con la laguna de la lucha y la infelicidad de los sucesos, desertar aquellos o indultarse, y éstos implorar el perdón y clemencia que no cesa de brindar el antiguo gobierno conociendo su propia impotencia. Sólo esta impotencia ha impedido que

no esté concluido todo íntegramente y aún nos quede alguna esperanza de libertad”.

Mier pensaba que lo importante era establecer un congreso que representara a la nación, sin importarle mucho quienes lo integraran, ya que “entre los hombres no se necesitan sino farsas, porque todo es comedia...” Con la formación de este congreso, las potencias extranjeras ayudarían a la emancipación, la que estaba convencido no se lograría sin el auxilio exterior.

“Poco o nada se puede sin dinero —dice en otra parte del opúsculo—, éste fue siempre el nervio de la guerra y el eje de todas las operaciones que la empiezan, la acompañan y la finalizan... Es necesario hacer un esfuerzo para enviar dinero al banco de Estados Unidos, ya que todo negociante sabe que sobre un millón se giran seis, y sobre dos, doce y sobre un giro de doce millones está libre el Anahuac sin remedio”.

Todos estos consejos los daba a los mexicanos en su afán de lograr la independencia absoluta de España, ya que, encerrado en San Juan de Ulúa se daba cuenta con desesperación, que la lucha armada estaba casi apagada; no se conformaba con analizar la situación o criticarla, sino que proponía soluciones, muchas de ellas acertadas dada la situación del país, y sin que imaginara el giro inesperado que tomarían los acontecimientos al poco tiempo de haber escrito el texto

El gobernador de Veracruz, que había recibido las cartas de fray Servando, consultó con el virrey acerca de los fundamentos y defensa que éste hacía sobre su estado, sin que tardara en recibir la siguiente contestación de Apodaca: “nada de lo que alega viene al caso, porque por las extraordinarias circunstancias del sujeto y teniendo en

cuenta la crítica situación del país, me parece conveniente y decidí ya enviarlo a España”.

Cuando fray Servando conoció esta respuesta del virrey, que venía a echar por tierra la esperanza que había puesto en las apelaciones y solicitudes hechas en sus cartas, comentó a quien le dio noticias de la misma:

—El es quien debería no sólo ser desterrado, sino ahorcado; y tampoco tienen excusa los que ciega y pasivamente se han prestado a ejecutar sus órdenes inconstitucionales, hasta poner al reino en la situación de declararse independiente para salir de una vez de la opresión de déspotas incurables y perjuros...

Obcecado como era, olvidó pronto el comentario del virrey y siguió enviando cartas a las distintas instancias de autoridad, pero al comprobar que las pocas respuestas recibidas se reducían en todos los casos a simples evasivas, sintió su causa perdida, y cansado de apelar contra el despotismo de Apodaca, le manifestó al gobernador de Veracruz que estaba listo y a sus órdenes para ser embarcado.

El 3 de febrero de 1821 zarpó hacia La Habana el barco que lo conduciría a España. El viaje por mar lo sufrió con mareos constantes, por lo que llegó muy enfermo a esta ciudad, de la que fue trasladado de inmediato al Morro, otro fuerte igual al de San Juan de Ulúa, en donde debía permanecer encerrado; no sirvió de nada que el médico que lo atendió durante la travesía le hubiera expedido un certificado, dando razón de su mal estado de salud.

—Recibirá usted dos reales diarios para su supervivencia, —comunicó a fray Servando el encargado del fuerte de La Habana, una vez que lo hubo aposentado.

—Como el estipendio no alcanza para nada y no podré sufragar con esa cantidad mis gastos, me niego a recibirlos—respondió el fraile, a quien su altivez no abandonaba ni en los momentos de mayor decaimiento.

Durante su estancia en el fuerte del Morro presentó a las autoridades de la isla los escritos que había enviado al gobernador de Veracruz y a la Diputación Provincial de México, para ver si aquí corría con mejor suerte, pidiéndoles también lo enviaran a un hospital por estar enfermo y no poder volver a embarcar en esas condiciones. Después de haber estado un mes en el Morro, se le concedió el pase al hospital, pero sus escritos no obtuvieron respuesta.

A principios de mayo del año de 1821, el gobernador de la isla envió un oficio al general de Marina, en el que le decía que no se preocupara por el traslado del padre Mier y lo enviara en la fragata “Pronta”, que estaba por salir. Al enterarse de esta orden, y con la experiencia nacida de tantas persecuciones, cárceles y fugas como había sufrido durante los últimos veintiséis años, se hacía los siguientes planteamientos:

—Los santos siempre han practicado este consejo: *cuando os persiguieren en una ciudad huid a otra*, y si huyo ahora a nadie hago responsable, ya que la guardia del hospital no tiene órdenes para velar sobre mí; además a los cincuenta y ocho años de edad, estropeado como estoy, mi vida peligraría en una travesía tan larga, y si no hubiera razones suficientes en lo que acabo de decir, basta y sobra para alentar mi fuga el que se esté haciendo conmigo algo completamente ilegal.

Apoyado en este tipo de razonamiento, lo que siempre hacía, y muy bien, para justificar sus acciones, huyó a fines

de mayo de 1821, a las 4 de la tarde en la fragata de vapor Robert Fulton, con destino a los Estados Unidos.

Mientras fray Servando permaneció encerrado en San Juan de Ulúa, dedicado a escribir y defenderse en enormes y reiterativas alegatas del absolutismo y la tiranía de los gobernantes, afuera de esos enormes muros del castillo los acontecimientos se precipitaban y tomaban un nuevo rumbo.

El restablecimiento de la Constitución de Cádiz fue el punto de convergencia de los intereses, hasta entonces irreconciliables, de las dos facciones contendientes en la Nueva España, insurgentes y realistas. Al percibir cierta inseguridad en el gobierno de Apodaca y darse cuenta, por otro lado, de la gran desconfianza que se iba apoderando de las fuerzas militares, Vicente Guerrero, el caudillo insurgente del sur, comprendió enseguida el peso decisivo que significaría para la causa de la independencia, aprovechar ese descontento y ganarse la adhesión de algunos cuerpos realistas, con este fin escribió al coronel Carlos Moya, en agosto de 1820, quien rechazó su propuesta.

Mientras esto sucedía en las montañas, en la ciudad de México los españoles que deseaban el mantenimiento del mismo orden que había perdurado durante tres siglos, y que veían en la Constitución de 1812 un peligro para sus intereses por su apertura de corte popular, llegaron a la conclusión, en las reuniones que celebraban en la iglesia de La Profesa, de que la única salida para no perder sus privilegios era la de independizarse de España y tomar ellos las riendas del gobierno; plan que requería necesariamente de un pronunciamiento militar, para el que contaban con Agustín de Iturbide. Fue así como un

mismo fin, la independencia buscada con intereses distintos, concilió a los dos grupos contendientes.

El virrey Ruíz de Apodaca, nombró a Iturbide encargado de la comandancia del sur, con el fin, decía la gaceta de la Ciudad de México, de “aniquilar el núcleo de rebeldes que tenían su cuartel en las montañas”. Pero Iturbide llevaba su propio plan, si podía dar a éstos un golpe no desaprovecharía la oportunidad, ahora bien, si no lo lograba estaba dispuesto a entrar en negociaciones y acelerar los planes tejidos en las reuniones de La Profesa.

En diciembre de 1820 llegó Iturbide cerca de Iguala, en donde su ejército fue derrotado en dos ocasiones por los insurgentes. Decidido a no perder más tiempo, el 10 de enero de 1821 envió una carta a Guerrero, con un encabezado que decía: “Muy señor mío”, pero desconfiado el jefe de la insurgencia suriana no respondió hasta el envío de una segunda misiva, que contestó con cierto recelo; la tercera carta que fue la definitiva está fechada un día después de la salida de Fray Servando hacia La Habana, el día 4 de febrero, y en ella se dirige a Guerrero con un “Estimado amigo”. En esta última comunicación, Iturbide proponía una entrevista que fue aplazada por Guerrero, hasta que los emisarios de ambos llegaron a un acuerdo. Ese mismo mes, el día 24, Iturbide sacaba a la luz el llamado Plan de Iguala, que propugnaba una monarquía moderada y ofrecía la corona a Fernando VII o a algún otro miembro de la familia real.

Iturbide se convirtió así en el “Primer Jefe del Ejército Trigarante”, nombre con el que se designó al ejército protector de las *garantías*: religión, independencia y unión íntima de americanos y europeos. Se repartieron enseguida ciertas copias del Plan que debió su éxito a la adhesión

que le juró el ejército realista. Inmediatamente Iturbide movilizó sus tropas y el 14 de marzo se entrevistó con Guerrero, para ratificar su alianza, sin que volvieran a reunirse hasta después de la victoria: el Plan de Iguala parecía reconciliar los intereses más encontrados y tuvo una gran acogida.

La guarnición de la capital destituyó al virrey Ruíz de Apodaca y nombró en su lugar a Francisco Novella, pero el ejército daba la espalda y retiraba su apoyo al gobierno del virreinato. Cuando fray Servando conoció el Plan de Iguala, como muchos otros pensó que se trataba de una bien ideada estratagema política para unir a todos los partidos.

Ya en Estados Unidos, se estableció en Filadelfia, desde donde estaba al tanto de lo que sucedía en México y no dejaba de luchar con la pluma a favor de sus ideales. Su interés primordial lo constituía entonces el sistema republicano, como la forma de gobierno idónea para México. Posición que se fortaleció durante su estancia en esta ciudad, cuyo progreso y apertura democrática, acorde con el desarrollo económico que se perfilaba ya en todo el país, permitía augurar éxito a quienes adoptaran el sistema republicano.

Su republicanismo lo situaba en contra de las intenciones monárquicas de los libertadores de México, de ser cierta, como aparecía en el Plan de Iguala, la pretensión de adoptar esta forma de gobierno en la persona de un miembro de la casa real española. De esta época data su *Memoria Política Instructiva*, escrito en el que expresa claramente su pensamiento y arremete contra la intención monárquica, que imaginaba no iba más allá de un ardid político, aconsejable por las circunstancias. Este tema ocupaba gran parte de las con-

versaciones que fray Servando mantenía en Filadelfia con un grupo de hispanoamericanos, interesados todos en los sucesos del nuevo continente.

—¿Ya se enteró usted que el plan propuesto por Iturbide pide a Fernando VII y, en caso de una negativa, a un miembro de la familia real para que gobierne su país? —le preguntó a fray Servando uno de los asistentes a la tertulia.

—Eso es solamente para meter en la red a todos los partidos —repuso enseguida el padre Mier—, el espíritu general es republicano ¿Cuál es el derecho que tiene sobre América el rey de España, sino el de la violencia, el asesinato y el robo? Governe a su reino de España y nosotros seamos independientes en nuestra patria.

—Sin embargo —intervino otro de los contertulios—, no me negará usted que la idea de tener un rey fue aprobada y las fuerzas militares se han unido a ese plan.

—Es solamente un cebo que les propone el coronel don Agustín de Iturbide a los mexicanos —dijo fray Servando, queriendo convencerse a sí mismo—, lo que me da más cuidado, es que no parece solamente obra suya...

—Entonces ¿usted no cree que se establecerá una monarquía en su país? —insistió el que había hablado primero, vivamente interesado en conocer la opinión del mexicano.

—Dios nos libre de emperadores o reyes —contestó fray Servando con vehemencia—. Nada cumplen de lo que prometen, y van siempre a parar al despotismo. Todos los hombres propenden a imponer su voluntad sin que se les replique, y no hay cosa a que el hombre se acostumbre más.

—Pero ese poder podría estar limitado por unas cortes o parlamentos que representen a la nación —apuntó conciliador un venezolano al que el padre Mier había conocido en Londres.

—En eso estoy de acuerdo, aunque estoy persuadido de que no es lo que conviene a nuestra cultura. Los reyes son verdaderamente unos ídolos manufacturados por el orgullo y la adulación, que en sus palacios adornados como templos sólo se dejan ver entre genuflexiones o inciensos: *tienen ojos y no ven* su reino ni las necesidades de los pueblos; *tienen oídos y no oyen* sino lisonjas y mentiras...

Lo que seguramente no sabía aún fray Servando mientras sostenía la plática anterior era que, en agosto de 1821, se firmaron los Tratados de Córdoba, entre Iturbide y don Juan O' Donojú, Jefe Político enviado por España para sustituir a Apodaca, donde se ratificaban con pequeñas variantes las principales ideas expuestas en el plan de Iguala. En cambio, tuvo noticia enseguida de la capitulación de la ciudad de México y la entrada triunfal del ejército trigarante el 27 de septiembre de 1821 ¡La independencia se había logrado!

El único deseo de fray Servando era volver a su patria cuanto antes, para participar en la construcción de la nueva etapa independiente desde sus cimientos; ya que a sus ojos avizores no escapaban las enormes dificultades y problemas a los que el país tendría que hacer frente. Apenas hubo reunido los fondos necesarios para el viaje embarcó con rumbo a Veracruz.

La vista del puerto con sus casas blanqueadas y las cúpulas de las iglesias sobresaliendo por arriba de éstas, el mismo fuerte de San Juan de Ulúa, le parecían diferentes a la luz del cambio operado en México; el futuro y las renovadas esperanzas parecían enterrar los veintisiete años de cárcel y persecución. También pensaba mientras el barco hacía maniobras para atracar en el puerto, que se iniciaba una nueva etapa en su vida. Embebido en sus pensamientos, no reparó en los botes, con bandera española izada, que

se acercaron al barco con el fin de revisar pasaportes, por órdenes del gobernador del castillo de Ulúa.

—Yo soy mexicano, no tengo esos papeles conmigo—respondió fray Servando cuando se acercaron a pedir su documentación.

—Siendo así, nos tiene que acompañar al fuerte —le conminaron los oficiales— es una orden y la cumpliremos; allá podrá usted explicarse.

—Esto es un atropello, la prohibición de ingreso a los extranjeros ya se levantó, además vengo de los Estados Unidos en donde no se dan pasaportes, ahí todo el mundo entra y sale libremente, y como ya dije —subió fray Servando el tono de voz— y les repito, soy mexicano.

Entre dos hombres lo forzaron a subir a un bote y lo condujeron al castillo, era el 23 de febrero de 1822. Volvió a su patria para caer otra vez prisionero en el único bastión de todo el país que estaba todavía en manos de españoles. Se le encerró en la prisión de San José, en una celda ancha de no más de cinco pasos, aunque larga, a la que el sol, desde que salía hasta su puesta, se encargaba de calentar al punto de dar la impresión de un horno. Pidió una entrevista con el gobernador, José Dávila, viejo conocido de los meses que estuvo en ese lugar aguardando su salida hacia España:

—Quiero saber la causa por la que se me tiene en prisión, —preguntó fray Servando, hechos los saludos de rigor.

—Hemos recibido órdenes de La Habana de remitirlo a esa ciudad, ya que usted abusó de la bondad con que se le trató y la aprovechó para escapar, por lo que lo reclaman para hacer justicia —fue la respuesta de Dávila.

—Eso no es sino un aviso de mi evasión, no un reclamo, usted no tiene obligación de obedecerlo. Lo que hicieron conmigo en aquella ocasión fue inconstitucional y ahora ya

no manda Apodaca –le reclamaba con gran vehemencia, el padre Mier– y si mi destino, como mucho temo es verme siempre preso, no me envíe a la Habana, aquí estoy cerca del país donde nací.

El gobernador dio órdenes de que se le volviera a prisión, bajo un régimen tan severo, que no se le permitía siquiera salir del calabozo; en una ocasión contó hasta diecisiete guardias cuidando su puerta de día y de noche. Si fray Servando no iniciaba una nueva etapa de su vida, como creyó al volver a su patria independiente, tampoco se renovaba, al menos no decaía el aparato con el que procuraban mantenerlo apartado; señal de la consideración que seguían mereciendo sus ideas, sus recursos y su honrada e inquebrantable testarudez.

VI

En la ciudad de México el Congreso convocado por la Junta Provisional Gubernativa del Imperio Mexicano, abrió sus sesiones el 24 de febrero de 1822, en medio de una gran ebullición política.

El único diputado que no estuvo opresente fue el padre Servando de Mier Noriega y Guerra, electo para tal cargo por la provincia de Nuevo León, en enero de ese año. Debía su nombramiento a su lucha constante contra el despotismo y la injusticia y a la valentía de su pluma que le diera fama en todo el reino de la Nueva España. Desde Europa, sus ideas cruzaron el océano para confundirse con las que impulsaron el inicio del movimiento armado en favor de la libertad, y posteriormente sus libros, manifiestos, cartas y reclamaciones, así como su azarosa y perseguida existencia, le habían dado gran celebridad.

Los miembros del Soberano Congreso Constitucional se reunieron por vez primera en la Catedral Metropolitana, en donde juraron solemnemente su cargo, para trasladarse enseguida al templo de San Pedro y San Pablo, que sería el recinto de la Cámara Legislativa. Su primer acto fue declarar que la soberanía de la nación residía en el Congreso mismo; a la religión católica como la única; y a la monarquía moderada como el tipo de gobierno que más convenía al país; pronunciamiento este último que estaba muy lejos de ser el de la mayoría. Convinieron también en que, por el momento, el poder ejecutivo quedaba en manos de la Regencia.

En la sesión del 5 de marzo de 1822, don Carlos María de Bustamante pidió que la Regencia reclamara la liberación del padre Mier, pues se sabía que se encontraba preso en San Juan de Ulúa; la petición volvió a presentarse el día 15 del mismo mes. El general Dávila, gobernador de Veracruz, informó al Congreso que esperaba respuesta del general de La Habana, y que si éste no reclamaba a Mier, él no tenía inconveniente en ponerlo en libertad.

Mientras fray Servando seguía en el calabozo, en México se extendió la noticia de que las cortes españolas habían declarado nulo e ilegítimo el Tratado de Córdoba, por lo que no vendría ningún Borbón a ocupar el trono que se le había ofrecido. Los que estaban a favor de la república aprovecharon la ocasión para presionar por esta forma de gobierno; y los monárquicos, a su vez, concluyeron que, entre los caudillos del movimiento de independencia podría surgir uno que suplierá al monarca extranjero.

El Congreso desconfiaba de Iturbide y trató de limitar su influencia, pero el 18 de mayo de 1822, los sargentos del regimiento de Celaya, presididos por Pío Marcha,

organizaron a las tropas acuarteladas que salieron en la noche a la calle gritando: ¡Viva Agustín I, emperador de México! A su paso, las casas se iluminaban, la gente se les unía, sonaron disparos y repiques de campana. Los jefes del ejército reunidos enviaron su petición al Congreso: Habían tomado partido, el mismo por el que se inclinó el pueblo, que no estaba familiarizado con las ideas republicanas.

El día 19, a la siete de la mañana, se reunió el Congreso y mandó llamar a Iturbide. Las voces del pueblo gritando en la calle: ¡Viva el emperador! llegaban a la sala de sesiones. El 21 de mayo de 1822, el nuevo soberano juró respetar las decisiones que el Congreso tomara y la Constitución que éste redactaría. Ese mismo día salió el Padre Mier de San Juan de Ulúa para dirigirse a la capital.

Antes de entrar en la ciudad de México, fray Servando se entrevistó con Iturbide durante dos horas y media en San Agustín de las Cuevas, hoy Tlalpan. El emperador sabía perfectamente que se encontraba ante un enemigo de la monarquía, lo que el padre Mier confirmó al expresarle con toda sinceridad sus pensamientos y su decisión:

—Señor —dijo fray Servando a Iturbide—, yo no puedo ocultarle mis sentimientos que están patentes en mis escritos, de que el gobierno que nos convenía era el republicano, bajo el cual está constituido toda la América del Sur y el resto de la del Norte; pero no puedo ni quiero oponerme a lo que ya está hecho, siempre que se nos conserve el gobierno representativo y se nos riga con moderación y equidad. De otra suerte, usted se perderá y yo seré su enemigo irreconciliable, porque no está en mi mano dejar de serlo contra los déspotas y tiranos. Sabría morir, pero no obedecerlos.

El 15 de julio de 1822 tomó asiento como diputado por Monterrey en el Congreso Constituyente, en medio de

aplausos y de la curiosidad general. Célebre por sus escritos polémicos y sus aventuras, todos sabían de quién se trataba, pero eran muy pocos los que conocían personalmente a fray Servando. Una vez formulada su protesta como congresista, pronunció emocionado su discurso.

“Señor: Doy gracias al cielo por haberme restituido al seno de la patria al cabo de veintisiete años de una persecución la más atroz y de trabajos inmensos; doy gracias al Nuevo Reino de León, donde nací, por haberme elevado al alto honor de ocupar un asiento en este augusto Congreso; doy gracias a V. M. por los generosos esfuerzos que hizo por sacarme de las garras del tirano de Ulúa; y las doy a todos mis caros paisanos por las atenciones y el aplauso con que me han recibido y estoy lejos de merecer”.

En este su primer discurso, esperado con gran expectación, fray Servando dio a conocer las líneas medulares de su diálogo con el emperador, haciendo así pública su posición personal ante el Congreso.

Meses después, caminaba el padre Mier por la calle de Plateros, hoy Madero, rumbo a la catedral, cuando lo alcanzó y se unió a su paso uno de los diputados que había estado a favor de la coronación inmediata de Iturbide. Empezó éste a hablar con gran entusiasmo de los títulos nobiliarios que iba a otorgar el nuevo gobierno, de la creación de la Orden Imperial de Guadalupe para honrar a quienes se habían distinguido en sus servicios al imperio, así como de las obras que se hacían en palacio para acondicionarlo como residencia de la familia real.

—¿No le parece magnífico el realce que se está procurando dar a nuestro imperio? Estoy seguro que con el tiempo, no desmerecerá ante el esplendor del de otros países, ¿no cree usted? —interrogó el diputado a fray

Servando, al observar la poca atención que parecía prestar éste a sus palabras.

–Sencillamente, no me parece propio de los gobiernos constitucionales –contestó cortante el padre Mier.

–Pero, no me negará usted que la dignidad del emperador exige un trato acorde con su investidura...

–La mayor decoración de un hombre –le interrumpió fray Servando con acritud– es la de ser un ciudadano virtuoso, y no estoy de acuerdo con el lujo reprehensible que se observa en esas distinciones pomposas.

–Usted no está de acuerdo en muchas cosas, querido amigo, y parece estar en contra de nuestro emperador –apuntó el diputado con una cierta insolencia.

–Estoy en contra de que se obligue al Congreso a aceptar proposiciones por demás descabelladas, de las que más tarde habremos de arrepentirnos; el problema de los derechos que se pagaban durante el virreinato, es un ejemplo: por atraerse los aplausos del pueblo, la junta provisional quitó de un golpe la ley que les obligaba a pagarlos, y de un tajo acabó con la riqueza pública dejándonos sin erario, y ahora que se dan cuenta del error nos piden que se repongan los derechos antiguos, cuando no es lo mismo estar habituados a pagarlos a imponérselos de nuevo. Por eso, le repito, es más fácil no hacer, que deshacer lo hecho.

–Llegamos a su destino y yo me despido, pero nuestra conversación seguirá en el Congreso –le advirtió el diputado antes de continuar su marcha.

–De eso esté seguro, que a mí nadie me ha podido amarrar la lengua –contestó fray Servando al tiempo que sonreía ante tan pueril reto.

Cada día se hacía más aguda la separación entre los

monárquicos y los que estaban a favor de la república, a lo que contribuían los desaciertos y titubeos del gobierno establecido, que daban pábulo a la crítica y a enfrentamientos francamente hostiles. Fray Servando, fiel a su línea de pensamiento y a lo que de antemano había advertido a Iturbide, nunca ocultó su oposición al régimen.

Al igual que alzaba su voz para oponer razones de peso a las medidas del gobierno, ridiculizaba con gran mordacidad la fastuosidad y el boato con el que se quería adornar a la corte; llamaba a los caballeros de la orden de Guadalupe comparsas y fantoches y llegó a decir que el emperador se había nombrado almirante de las canoas de Xochimilco e Ixtacalco. No es de extrañar que el padre Mier, a quien Iturbide acusaba de “locuaz e irónico”, se llegara a convertir para éste en una verdadera pesadilla.

Cuando en el mes de agosto corrieron rumores de una conspiración republicana, se detuvo a varios diputados sospechosos, y naturalmente entre ellos se encontraba fray Servando. Fue conducido al igual que los otros detenidos al convento de Santo Domingo. La detención se efectuó la noche del 26 de agosto de 1822, y al día siguiente, Agustín I, explicó así en palacio su orden de aprehensión:

“Yo, señores, no puedo dejar que la nación se precipite en la anarquía, en manos de hombres que por falta de experiencia unos, otros con mala intención, se han propuesto un sistema de oposición a la marcha que ha adoptado mi administración, privándome de los medios de hacer el bien. Cerca de ocho meses lleva el Congreso de sesiones y no ha dado un solo paso para formar la Constitución del Imperio, objeto primero de su convocación y de los votos nacionales, sin que hasta ahora se haya dado una ley sobre Hacienda, sobre el Ejército; todo el tiempo lo ha ocupado

en discusiones que tenían por objeto humillarme, desconcertuarme, y presentarme a la nación como un tirano”.

A pesar de las protestas del Congreso, que reclamaba la libertad de los diputados presos en un lapso no mayor de veinticuatro horas, el padre Mier fue retenido en el convento de Santo Domingo. Estaba en el mismo lugar de donde había salido por primera vez para iniciar su expatriación, y desde ahí continuaba atacando a Iturbide, por medio principalmente de ciertos esparcimientos poéticos; poesía de ocasión que si no era muy buena en cuanto a calidad, sí tenía el don de ser oportuna; cualidad que siempre utilizó el padre Mier para denunciar situaciones con las que no estaba de acuerdo.

—Tengo que salir de aquí —comentaba fray Servando a los otros detenidos—, si consiguiera algún hábito de los dominicos, tal vez podría pasar sin ser reconocido por la guardia.

—¿Pero cómo va a obtenerlo? —le preguntaban sus compañeros de reclusión, a quienes divertía su osadía.

—Ya me las arreglaré —contestó fray Servando, que hacía en ese momento un rápido recuento de sus muchas fugas anteriores.

Se las arregló en efecto: salió del convento con el hábito del padre Marchena con paso sereno y sin ser reconocido. Una vez fuera del alcance de los guardias, corrió a refugiarse en casa de unas beatas, que por temor a las amonestaciones eclesiásticas, tan socorridas en aquella época, lo denunciaron a las autoridades. Lo apresaron doce guardias, que lo escoltaron hasta la cárcel de la Corte, en donde volvió a ocupar el calabozo llamado *El olvido*, en el que había pasado ya anteriormente una temporada, y de ahí lo condujeron al edificio de la “esquina chata”,

como se llamaba al que fue de la inquisición, que no le era desconocido tampoco, ya que había residido ahí tres años a su regreso a México.

El 31 de octubre, Iturbide disolvió el Congreso, aduciendo que no había cumplido con sus objetivos y se dedicaba a discutir asuntos sin importancia, como la reclamación de “un fraile apóstata”, preso en el Castillo de San Juan de Ulúa. En realidad, este asunto se había tratado solamente en dos sesiones, en el mes de marzo, pero seguramente vino al pensamiento de Iturbide, como ejemplo de las banalidades que se discutían en el Congreso, por los muchos dolores de cabeza que le había proporcionado el fraile.

La disolución del Congreso como demostración de poder fortaleció, en cambio, a los partidarios de la república. En diciembre de 1822, el general Santa Anna se levantó en armas en Veracruz, para exigir la instauración de la república. Como el gobierno solicitara al cabildo eclesiástico la excomunión para aquellos simpatizantes del partido republicano, el padre Mier aprovechó para escribir y publicar una serie de décimas, la primera de las cuales decía:

¿Diz que pretendía el tirano
que una excomunión saliera
en que *ipso facto* incurriera
todo hombre republicano?
¿Y por qué crimen? Es llano:
Porque de su majestad
se opone con libertad
a la infausta monarquía.
¿Puede darse más impía,
herética gravedad?

Iturbide envió al ejército para combatir a los rebeldes al mando del general Echavarri, pero éste se unió a Santa Anna y elaboraron el Plan de Casamata en el que se pedía la restitución del Congreso. El emperador fue perdiendo el apoyo del ejército y, en febrero de 1823, un cuerpo de tropas de la guarnición de la ciudad de México se pronunció a favor de Santa Anna, soltaron a los presos en el edificio de la inquisición, entre ellos a fray Servando, quien saldría de su última prisión para unirse a las fuerzas rebeldes en Toluca.

Ante el desmembramiento del ejército, Iturbide reinstaló el Primer Congreso Constituyente Mexicano, al que concurrió el suplente del padre Mier por no encontrarse éste en la ciudad, pero el día 29 de febrero de 1823 ocupó ya fray Servando su lugar como representante de su provincia. Ese mismo día se declaró cesado el gobierno: el poder ejecutivo radicaría en los individuos que el Congreso nombrara.

Dentro y fuera del recinto del Congreso se discutía acaloradamente; después de muchos debates se acordó que Iturbide saldría del país. Se planteó enseguida el punto relativo a la asignación de una pensión anual para el emperador; el asunto hizo tomar la palabra al padre Mier.

—Todo el día me he estado callando, porque la cosa iba bien. En política vaya a enhorabuena que D. Agustín de Iturbide salga de nuestro territorio lo más pronto posible, aunque en justicia lo que mereciera era la horca... Pero ya veo que urge la suprema ley de alejarlo, para que se aniquilen las esperanzas de sus partidarios, y usen las intrigas que pudieran acarrearlos perjuicios incalculables. Convengo en que desde luego sea desterrado a Italia. Pero en la pensión que propone la comisión, no puedo convenir: ¿a qué título se le ha de dar si nada le debemos? ¿Se dirá que la independencia? No. La independencia que por el Plan

de Iguala intentaba darnos, no era la independencia noble que queríamos, sino el dejarnos sujetos al yugo miserable de un déspota extranjero; déspota conocido que quería venir a reinar aquí sin Constitución, por no haberla podido destruir en España...”

“Pero apareció una junta que no tenía más voluntad que la de Iturbide, ni podía hacer sino su voluntad. Así por la suya propia fue generalísimo y almirante de las canoas de Texcoco y de Ixtacalco... El grito de los pueblos lo obligó a cumplir su promesa de convocar un congreso... hasta que no pudiendo soportar la resistencia que oponían los padres de la patria a su despotismo asiático, sumió a los unos en los calabozos y bartolinas, dispersó a los otros, arrojó de una vez la máscara, haciéndose proclamar en las calles tirano...”

“¡Y se le quieren asignar veinticinco mil pesos! señor: ¿no basta ya el ejemplo de dejar impune a un tirano, sino que lo hemos de premiar para convidar así a nuevos usurpadores?... Yo he hecho presente todo esto a Vuestra Soberanía para que lo tome en consideración, y no prosigo porque me enfado demasiado. Verdaderamente domina en nuestra América el Planeta oveja”.

A pesar del alegato del padre Mier, se le concedió la pensión a Iturbide, quien zarpó hacia Europa el 11 de mayo de 1823, el primer imperio mexicano había terminado con la abdicación de Iturbide. Un Triunvirato compuesto por Bravo, Victoria y Negrete, con el título de Supremo Poder Ejecutivo, asumió el poder provisional.

Se acordó hacer de inmediato la convocatoria para el nuevo Congreso Constituyente. Así, en octubre se clausuró el primero y se celebró la primera junta preparatoria para la instalación del segundo. La actividad política no cesaba, el padre Mier reunía en su casa a los diputa-

dos, discutía y redactaba proyectos, ya que se presentaba otra vez un dilema: una República, sí, pero ¿qué tipo de república? ¿federalista o centralista? Los partidarios de una y otra publicaron periódicos para hacer propaganda a sus ideas. ¿Cuál de las dos era la que convenía a México? Las provincias presionaban para que la balanza se inclinara a favor de la federación con soberanías locales semejante a la federación norteamericana, y amenazaban con separarse para formar países independientes. El Padre Mier, con ese sentido práctico que había adquirido después de tantos años de correrías, comentaba a un amigo:

—El voto de la nación es república, y en eso están los generales, el ejército y los diputados. Sólo nos diferenciamos en que algunos la quieren confederada, y yo, con la mayoría, la quiero central a lo menos durante diez o doce años; porque no hay en las provincias los elementos necesarios para que cada una sea un Estado Soberano, y todo se volvería disputas y divisiones.

No cejaba en su intento de convencer a los diputados que implantar una república federal, como la norteamericana era poco práctico en México; él no estaba a favor del centralismo; sin embargo, sabía que los Estados Unidos eran unas entidades autónomas antes de lograr su independencia, pero este no era el caso de México; quería para la nación un sistema federal, sin conceder de momento la soberanía de las entidades; dicho de otra manera: abogaba por una república centralizada que fuera evolucionando hacia una federación con soberanías locales.

El 7 de noviembre de 1823 se instaló el Segundo Congreso y se implantó en México el sistema político de República Federal. El 13 de diciembre el padre Mier pidió alargar una

hora más la sesión y pronunció su famoso discurso llamado de “las profecías” sobre la federación mexicana.

—Señor: Nadie, creo, podrá dudar de mi patriotismo. Son conocidos mis escritos en favor de la independencia y libertad de América; son públicos mis largos padecimientos, y llevo las cicatrices en mi cuerpo. Otros podrán alegar servicios a la patria, iguales a los míos; pero mayores ninguno, a lo menos en su género.

“Y con todo nada he pedido, nada se me ha dado. Y después de sesenta años ¿qué tengo que esperar sino el sepulcro? Me asiste pues, un derecho, para que cuando voy a hablar de lo que debe decidir la suerte de mi patria, se me crea desinteresado e imparcial. Puedo errar en mis opiniones, este es el patrimonio del hombre, pero se me haría suma injusticia en sospechar de la pureza y rectitud de mis intenciones”.

“...Se nos ha censurado que proponíamos un gobierno federal en el nombre y central en la realidad. Yo he oído hacer la misma crítica del proyecto constitucional de la nueva comisión. Pero ¿qué no hay más de un modo de federarse?... Cual sea el que a nosotros convenga *hoc opus hic labor est*. Sobre este objeto va a girar mi discurso. La antigua comisión opinaba, y yo creo todavía, que la federación a los principios debe ser muy compacta, por ser así más análoga a nuestra educación y costumbres”.

“La prosperidad de esta república vecina, Estados Unidos, ha sido y está siendo el disparador de nuestra América, porque no se ha ponderado bastante la inmensa distancia que media entre ellos y nosotros. Ellos eran ya Estados separados e independientes unos de otros, y se federaron para unirse contra la opresión de Inglaterra; federarnos nosotros estando unidos es dividirnos y atraernos los males

que ellos procuraron remediar con esa federación. Ellos habían vivido bajo una constitución que con sólo suprimir el nombre de rey es la de una república; nosotros encorvados trescientos años bajo el yugo de un monarca absoluto, apenas acertamos a dar un paso sin tropiezo en el estudio desconocido de la libertad...”

Y así continuó su discurso increpando, razonando, ejemplificando sobre los peligros de llegar a una federación rechazando el nombre de *estados soberanos* temiendo la práctica de un federalismo extremista. Cuando se aprobó la soberanía de los estados, el padre Mier en una carta a su amigo Cantú le decía: “Puedo comenzar con aquellas palabras de Cicerón: ‘*actum est de republica*’ que en buen castellano quiere decir, ‘llevóselo todo el diablo’”.

Fray Servando perdió la batalla en el Congreso; el 3 de febrero de 1824 se juró el Acta Constitutiva de la Federación y él la firmó. Los debates continuaron para dar una Constitución a la República, la que se aprobó en octubre de ese mismo año. La decisión estaba tomada y establecida, y el padre Mier cansado y enfermo se retiraba de la política del país. Antes de cerrar las sesiones del Congreso, se pidió que se le concediera una renta anual de tres mil pesos por sus servicios a favor de la independencia nacional. El 24 de diciembre, al clausurarse las sesiones del Congreso, terminaron las presentaciones públicas del padre Mier.

Una vez firmada la Constitución, se eligió como primer presidente de México a Guadalupe Victoria y como vicepresidente a Nicolás Bravo.

Al padre Mier se le asignó una habitación en el Palacio Nacional donde vivió sus últimos años. Los tres que le quedaban de vida los pasó rodeado siempre de gente, discu-

tiendo acaloradamente sus puntos de vista y recordando sus andanzas por el mundo, cada vez con más vehemencia y melancolía, como aquel que sabe que ya todo ha pasado y que, incluso, añora los malos momentos, porque se quedó en ellos parte de la vida: la de fray Servando se terminaba.

Al sentirse cada día más débil, se le ocurrió que a su extremaunción asistieran sus amigos y conocidos, para poder así despedirse de todos ellos. El 17 de noviembre de 1827, recibió los viáticos de manos de Ramos Arizpe, “el chato embrollón” como lo llamaba fray Servando, enemigo político suyo en la lucha por el federalismo. Al acto asistió el mundo político mexicano en pleno, incluido el presidente de la república. El padre Mier no desperdició la oportunidad para que se le escuchara en público por última vez; todos los reunidos sabían que no le quedaba mucha vida a este hombre que había pasado tantas privaciones, persecuciones, cárceles y que, sin embargo, la había conservado para morir rodeado de amigos; emocionados se despidieron del padre Mier, en este que fue verdaderamente su último acto público.

El 3 de diciembre de 1824, murió fray Servando en sus habitaciones de Palacio Nacional, a los 64 años de edad. El sepelio fue en el convento de Santo Domingo, hasta donde lo acompañó un gran cortejo fúnebre con todas las honras militares, presidido por el general don Nicolás Bravo, vicepresidente de la república.

Epitafio

“Vagabundos, aventureros, excéntricos ha habido muchos, pocos, sin embargo, han sido los que, como el padre Mier, ejercieron en su día una influencia tan preponderante en la fijación del destino de su patria; pocos, los que, como él, han tenido una visión tan clara y penetrante en momentos de confusión y desorden, como fueron aquellos años inmediatos siguientes a la consumación política de México.”

Edmundo O’Gorman

Fray Servando Teresa de Mier se terminó de imprimir en junio de 1991, en Amacalli Editores, S.A. de C.V., Empresa No. 186 - 103 Col. Mixcoac Insurgentes. Tel. 611 41 19, México, D.F. La edición consta de 1,000 ejemplares.

Formato de Papeleta de Vencimiento

El usuario se obliga a devolver este libro en la fecha
señalada en el sello mas reciente

Código de barras.

2893295

FECHA DE DEVOLUCION

[illegible]

- Ordenar las fechas de vencimiento de manera vertical.
- Cancelar con el sello de "DEVUELTO" la fecha de vencimiento a la entrada del libro

Arteta, Begona
Fray Servando Teresa de M

UAM
F1232
M4.2
A7.5



2893295

